

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

EL DIA DE LA PESTE


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

280 — Las morbosas, *Curtis Garland*.
281 — Ven a charlar esta noche, *Lou Carrigan*.
282 — ¡Déjame dormir en mi tumba!, *Clark Carrados*.
283 — Cadáver-puzzle, *Adam Surray*.
284 — El coleccionista de cerebros, *Joseph Berna*.

CURTIS GARLAND

EL DIA DE LA PESTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 285
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.031 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

«Y entonces reconocieron la presencia de la Muerte Roja. Había venido como un ladrón en la noche. Y uno por uno cayeron los convidados en las salas de orgía manchadas de sangre, y cada uno murió en la desesperada actitud de su caída... Y las llamas de los trípodes expiraron. Y las tinieblas, y la corrupción, y la Muerte Roja, lo dominaron todo...

La Máscara de la Muerte Roja
EDGAR ALLAN POE

PRIMERA PARTE
MUERTE NEGRA

CAPITULO PRIMERO

—Esa luz, pronto...

Gretchen, rápida, tomó la lámpara de sebo y se aproximó al camastro del rincón en sombras de la choza. Proyectó la amarillenta claridad sobre el hombre tendido entre viejas mantas sucias.

La luz reveló el rostro demacrado, enjuto y ojeroso, cubierto de llagas oscuras, la mayoría de ellas purulentas, y los intensos manchones violáceos en su nariz, boca y mejillas. Un hedor sudoroso escapaba del cuerpo allí tendido. Los cabellos estaban mojados por la transpiración. El calor de su fiebre parecía subir de su piel y enviar un vaho cálido a los que le rodeaban.

El joven que pidiera la luz miró largamente a Gretchen. La rubia joven clavó también sus azules ojos en él. En otro rincón de la cabaña, unas voces musitaban rezos apagados

—Se muere, Ulrich —dijo ella apagadamente.

—Lo sé —asintió él moviendo la cabeza de arriba abajo—. La fiebre le ha aumentado mucho. Delira. No tiene remedio.

—Dios mío... No se puede hacer nada por él...

—No, nada. Nunca se puede hacer por nadie, Gretchen.

—Y así, hasta que todos muramos, Ulrich...

El joven trató de sonreír. No era fácil. La luz amarilla de la lámpara de sebo iluminó sus facciones viriles, sus ojos grises, su cabello dorado oscuro, de germano puro.

—Hay que tener fe, Gretchen —murmuró con voz firme.

—¿Fe? ¿En qué? —susurró ella.

—En Dios, en algo... No sé. Hay que confiar en que esto cesará alguna vez. Y nos salvaremos de la epidemia...

—Son muchos miles los muertos ya. La epidemia sigue. ¿Cómo vamos a salvarnos, cuando lo extermine todo? —se lamentó ella, apartándose del camastro donde la nueva víctima agonizaba.

—Hay que tener esa fe, o estamos perdidos. Puede existir un milagro.

—No creo ya en los milagros.

—Puede ocurrir uno. O tal vez la alquimia descubra la solución... Debemos confiar, Gretchen, no desesperamos.

—La alquimia... —el tono de ella fue dubitativo—. Tampoco creo en eso.

—Luther Heinz es el mejor alquimista de todos los de nuestras tierras.

—Luther es sólo un hombre, por muy estudioso e inteligente que sea. No puede cambiar el curso de los acontecimientos con sus investigaciones y experimentos. El no es un dios.

—Las cosas buenas o malas las hacen los hombres, no los dioses, Gretchen.

—Eso podría ser motivo de herejía, Ulrich. No está bien hablar así.

—No soy un hereje. Sabes que soy tan buen cristiano como tú y como

todos nuestros vecinos y amigos. Además, en tierras del Señor de Falsborg, ¿quién nos iba a procesar por herejía? El es el primer hereje de todos, el que se ha levantado contra el poder de nuestro rey Otón I de Alemania, y contra el Sacro Imperio (*Otón I de Alemania fue quien restauró el Sacro Imperio Romano en el año 762, en pleno feudalismo europeo, para evitar la sangrienta división de Alemania entre los príncipes feudales y los ducados de tan frágil federación alemana. Ello, evidentemente, sitúa la acción de este relato con una gran precisión cronológica, que luego se justificará a lo largo de la historia*). Niega a Dios y niega toda fe cristiana. Es un hereje. Más que eso: un malvado, un tirano sin conciencia, que permite que la maldita peste negra azote a sus tierras, a sus vasallos y sus soldados, sin mover un dedo por impedirlo. Allá arriba, encerrado en su maldito castillo inexpugnable, espera sobrevivir a la Muerte Negra, viendo cómo su feudo queda arrasado por el mal. Para él, los herejes somos los que creemos en el Señor y confiamos en El, no los que a veces, llevados por la desesperación, maldecimos y blasfemamos. El es la blasfemia viva, personificada en un hombre. En un hombre cruel, pervertido, caprichoso e indigno.

—Por favor, Ulrich... —angustiada, ella puso sus pálidos dedos sobre los labios del joven—. No sigas. Si alguien te oyera y delatara esto al Señor de Falsborg... no quiero ni pensar lo que sucedería.

—¿Y qué puede importarme ya? Entre morir empalado o decapitado por el verdugo del Señor de Falsborg o consumido por esta repugnante epidemia, tanto me da.

—Aún estamos sanos tú y yo. No nos hemos contagiado. Confío en Dios para qué ello siga así, Ulrich...

Se abrazó a él, impulsivamente. Seguían los rezos, allá al fondo de la choza miserable. El apestado respiraba sibilante, sus estertores eran entrecortados. La Muerte Negra hacía presa en él, como de tantos otros, en una de las múltiples epidemias que, andando el tiempo, culminarían en la más terrible y devastadora de todas, capaz de exterminar a veinticinco millones de europeos (*Años más tarde, entre 1347 y 1350, la Europa occidental serla arrasada por la famosa Peste Negra, que se cobró veinticinco millones de víctimas. Se dijo que procedía de China, y las pulgas portaron el bacilo de la peste bubónica*).

Ulrich estrechó amorosamente contra sí el vigoroso cuerpo de la joven rubia. Sus manos sudorosas estrujaron las espaldas fuertes de Gretchen, luego se deslizaron bajo sus axilas de dorado vello, hasta estrujar con pasión los macizos y poderosos pechos que se marcaban, desnudos, bajo la blusa humilde, recogida y maltrecha.

Sus bocas se encontraron. La lámpara de sebo quedó en la mesa, dando una lívida claridad al moribundo, haciendo bailotear en las miserables paredes de la cabaña las sombras de los que rezaban.

Salieron los dos jóvenes al exterior. El villorrio de los vasallos del señor feudal, formaba su amasijo de tristes y pobres casas, a la sombra protectora y

altiva de las murallas almenadas y las torres del castillo de Falsborg, en cuyo interior se refugiaba el amo y señor de vidas y haciendas, rodeado de sus leales, de sus cortesanos, herméticos los muros de piedra, cerrada la gran puerta de entrada, alzado el puente levadizo sobre el hondo foso de aguas estancadas y fétidas...

Ardían hachones de madera engrasada en las puertas de algunas casas. Era la señal de la peste. Nadie debía acercarse a esas puertas. Dentro, alguien sufría la epidemia, esperando morir sin remedio.

Unos hombres procedían a abrir una amplia fosa en los alrededores del lugar. Un carromato cargado de cadáveres, muchos de ellos ya con hedor a putrefacción, esperaba ser vaciado en la fosa común de apestados.

Ni Ulrich ni Gretchen daban ya gran importancia al dantesco espectáculo de horror y de muerte.

Sus brazos formaban un estrecho cerco sobre el cuerpo del otro, en una mutua explosión de afecto, de ternura, de apasionada atracción humana.

—Ulrich, mi vida... ¿Saldremos con vida de este horror? —gimió ella, besando apasionada, ardorosamente, los labios de su compañero.

—No lo sé, Gretchen —confesó él con voz ronca, devolviéndole aquellos besos ardientes y trémulos—. Pero tenemos que intentarlo. Hemos de luchar por salir con vida... y confiar en que alguna vez seremos seres libres, y las personas como el Señor de Falsborg terminarán por ser vencidas, y lo que significan aplastado de modo definitivamente, para que el hombre sea libre y dueño de su albedrío, como Dios nos hizo a todos...

—Eso es un sueño imposible, Ulrich. Jamás seremos libres. Ni nosotros... ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos...

—No, Gretchen. No puede ser todo tan malo. Las cosas empiezan a cambiar. Se dice que el rey Otón desea unificar nuestra patria, hacer una Alemania única, bajo su mando, sometida a la fe y a la autoridad del Pontífice de Roma, sin herejías ni abusos, sin tiranías ni corrupción. Ello llegará, hemos de verlo. O tal vez lo vean nuestros hijos, pero no más tarde. Tenemos que dejarles, cuando menos, esa esperanza y esa herencia de libertad y de fe. Lucharemos por ello, si es preciso, hasta morir.

—Por el amor de Dios, no vuelvas a eso —musitó ella, angustiada, apretándose contra su cuerpo, mirando medrosa al mismo tiempo en torno de ellos, a los oscuros rincones del poblado—. Si alguien te oyera, sería capaz de ir a los hombres del amo para cobrar unas monedas y entregarte a la guardia...

—¿Es eso peor que morir así, a millares, y ser sepultados de cualquier modo, en un amasijo, cuando ya estás despidiendo el hedor maldito de la corrupción? —Murmuró despectivamente Ulrich, señalando la dantesca escena de los cadáveres en el carromato—. ¿Es preferible agonizar lentamente, devorado por la fiebre y comido por las costras purulentas, que luchar y morir matando, o perecer dignamente escupiendo al tirano al rostro?

—Ulrich, te lo suplico...

—Gretchen, hemos de olvidar nuestros temores, dejar el miedo aparte, y

enfrentarnos con la verdad e intentar morir por ella, si es preciso. Esta vileza, esta miseria, este abandono, me indignan. Nos están dejando morir. Médicos y alquimistas sólo se preocupan de hallar desinfectantes y remedios para impedir que la epidemia alcance a los señores del castillo. Ellos deben permanecer sanos, aislados lejos de todo nesgo, limpios y sin contacto con nadie, empapadas sus ropas y su piel de ungüentos y esencias que alejen el mal o, cuando menos, lo hagan menos fácil de adquirir. Y mientras tanto, nosotros morimos aquí como ratas, revolcándonos en nuestra propia basura e inmundicia.

—Ulrich, todos sabemos lo valeroso que eres, pero hablar así no conduce a nada y significa un serio peligro. Recuerda que estamos esperando al hermano Wolfgang para que nos case y el fruto de nuestro amor no nazca en pecado... —Gretchen se tocó significativamente la leve curva de su vientre—. No quiero perderte. Ni antes, ni después. Sólo sé que te necesito.

—Está bien —la calmó él, acariciando sus cabellos color de miel—. Perdona. No volveré a cometer imprudencias. Al menos, no lo haré por ti... y por nuestro futuro y el de nuestro hijo, Gretchen.

Se abrazaron de nuevo, apoyándose el uno en el otro, como intentando confortarse, darse alientos, ser cada cual el apoyo de su pareja en la dura prueba a que la vida les enfrentaba en el oscurantismo despótico de su tiempo.

Un alarido les sobresaltó. Volvieron la cabeza.

De una cabaña, una mujer desgreñada y de ropas andrajosas, emergió, sus cabellos al aire, los ojos dilatados, la expresión contraída. La llama de la antorcha colgada de la puerta de entrada, iluminó su rostro lívido.

—¡Mi hijo! ¡Mi pobre hijo! —Aulló, desesperada, sus huesudos brazos al aire—. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto, Dios mío...!

Cayó de rodillas, sollozando. Los demás la miraron indiferentes. Era la eterna tragedia, el desenlace irremisible. Una muerte. Otra más, Como tantas otras... La Muerte Negra no perdonaba nunca.

—Pobre señora Liebner... —susurró Gretchen con lágrimas en los ojos—. Primero fue su esposo, luego su hermana... y ahora, el hijo... Se queda sola, Ulrich...

—Lo sé, lo sé. Sola. Como muchas otras personas... —elevó sus ojos furiosos, relampagueantes, a la sólida mole del castillo, sobre el promontorio. Sus puños se apretaron con ira impotente— y mientras tanto, allá dentro, lejos de todo este horror, bailan, ríen, comen y beben los cortesanos, y se divierte el maldito Señor de Falsborg... ¡Perro maldito, asesino de sus súbditos...!

—Ulrich, por el amor de Dios... —rogó ella.

—Ulrich, eso es una locura —corroboró una voz sorda, de graves inflexiones, en una zona de sombra, junto a la choza donde un hombre joven acababa de morir, y ante la que una desdichada mujer lloraba su infortunio.

Sobresaltada, Gretchen se volvió, cubriéndose la boca con la mano. Miró, asustada, la alta figura de flotante ropaje negro, que venía lentamente hacia ellos, como un espectro.

—¿Quién habla? —preguntó, agresivo, Ulrich, poniéndose en guardia.

—No temas —suspiró la voz profunda—. No soy ningún soldado del castillo, pero podría haberlo sido, y eso significaría tu ruina, Ulrich. Soy solamente vuestro amigo Luther Heinz...

—Luther... —aliviado, Ulrich avanzó hacia el alto y enjuto alquimista—. Sois vos... ¿Cómo van las cosas en el castillo?

—Bien. Para ellos siempre va todo bien —sus claros ojos miraron con sarcasmo la imponente silueta de la fortaleza, con sus hachones brillando en la oscuridad nocturna, allá entre las almenas. Las fiestas son brillantes, se comen manjares y se bebe abundante vino. La gente olvida lo que sucede aquí fuera. El Señor de Falsborg pide antídotos, remedios y fórmulas para mantenerse inmune a la epidemia, caso de entrar en el castillo. Cosa bastante probable, puesto que los soldados han de salir a veces de ahí dentro, y los alimentos deben llegar del exterior a sus despensas.

—¿Antídoto sólo para ellos, los del castillo?

—Peor aún —sonrió el alquimista—. Sólo para él, el poderoso Señor de Falsborg. Quiere sobrevivir, caiga quien caiga. Ser más fuerte que la peste.

—Pero no lo logrará —jadeó Ulrich, crispando sus facciones con rabia—. Ante Dios, todos somos iguales. Nadie tiene privilegios cuando llega la muerte...

—Puede lograrlo, sin embargo —suspiró el hombre de negras ropas.

—¿Eh? —le miró Ulrich, perplejo—. ¿Por qué?

—Porque yo... yo creo que he conseguido el antídoto.

Hubo un silencio profundo. Se miraron Ulrich y la rubia Gretchen con aire incrédulo.

Luego, sus ojos se clavaron en Luther Heinz.

—No... no es posible... —musitó ella.

—No puedo creerlo —apoyó él—. Sería... sería un milagro.

—Es alquimia, simplemente —sonrió Heinz—. Lo estuve buscando durante años. Y he dado con él. Estoy casi seguro...

—El antídoto... ¡Un remedio contra la peste asesina!

—Sí, Ulrich, eso es. Un remedio...

—Y vais a entregárselo a nuestro tirano para que salve su vida, ¿no es cierto? Sólo a él, para que siga adelante mientras muere su pueblo...

—No he dicho que vaya a hacer eso.

—Pero lo haréis. Os debéis al Señor de allá arriba, de ese castillo maldito. Trabajáis para él...

—Trabajo para la ciencia, Ulrich. Para los hombres. Para curar enfermedades, si ello es posible. Detesto tanto como tú al Señor de Falsborg. Si él toma el antídoto, significará que también lo toman los demás,

—Pero venís del castillo, Luther —le indicó Gretchen—. Le habréis dicho ya a vuestro amo que tenéis el remedio. El exigirá que sea sólo para él...

—No le he dicho nada de eso —sonrió el alquimista—. Para él las cosas siguen igual. Estoy experimentando, haciendo pruebas... por ahora todas

fallidas. No hay antídoto alguno. Es lo que cree.

—¿Vos habéis hecho eso? —se asombró Ulrich, con un destello esperanzado en sus claros ojos.

—Sí. Ulrich —asintió el alquimista—. Tenía que hacerlo. Necesito tiempo para pensar. Y para hacer más frascos del remedio. Debe repartirse a todo el mundo, lo quiera o no el Señor de Falsborg... Venid conmigo a mi casa. Os mostraré algo.

Ulrich y Gretchen cambiaron una mirada. Luego fueron en pos del alquimista.

CAPÍTULO II

La choza no se diferenciaba demasiado de las demás, salvo por sus dimensiones, bastante más ampliar, que las viviendas de la mayoría. Y dotado de hornos, retortas, tubos, alambiques, recipientes de todo tipo, y estantes repletos de frascos y botellas de misterioso contenido.

Ulrich y Gretchen entraron en el domicilio del alquimista, mirando a todo lo que les rodeaba con el respeto instintivo que produce lo desconocido, lo ignorado y tenido por enigmático a veces, y en ocasiones hasta diabólico o de otros mundos. En tiempos de oscuridad y de ignorancia, de superstición y de temor, siempre se venera o se siente miedo de lo que no se entiende. El arcaico siglo X de la Era cristiana, era tiempo de todo ello en la Europa occidental y en muchos otros lugares de la Cristiandad.

Pese a ello, Ulrich y Gretchen no parecían tener miedo. Sólo cierta admiración y perplejidad hacia lo que no estaba al alcance de su entendimiento. Pero si bien eran producto de la ignorancia colectiva de su época, no eran necios ni temerosos de algo que, en el fondo, sabían era para beneficio de la especie humana, puesto que Luther Heinz no era un brujo ni un nigromante, sino un alquimista, un investigador de las ciencias que podían salvar al hombre de los horrores de su tiempo.

—Mirad —dijo Luther, deteniéndose ante un pequeño armario de madera tallada. Lo abrió, cauteloso, con una llave que llevaba colgada de una cadena, en su propio cuello. Señaló al interior—. Ved ahí dentro dos frascos, rojo uno y verde oscuro el otro.

—Los veo —asintió Ulrich—. ¿Qué son?

—El rojo contiene algo prohibido. Algo que no debe liberarse. Pero que es muy necesario para investigarlo y llegar a una solución final.

—¿Qué... qué es? —Se inquietó Gretchen—. ¿Algo diabólico?

—No, no —rió Luther—. No hay nada diabólico ni angelical entre nosotros, los hombres. Nosotros somos el diablo y somos parte de Dios. Nosotros somos el Bien y el Mal. No, nada diabólico existe dentro del frasco rojo. Pero sí algo siniestro y terrible: la Muerte Negra.

—¿Qué? —se volvió Ulrich hacia él, muy pálido. Señaló al frasco—. ¿Ahí?

—Exacto. Ahí. Llamadla como queráis: la Muerte Negra, el Espectro Negro, la Plaga del Diablo Negro, o como os parezca mejor. Todo significa una misma cosa: la Peste. Un cuerpo microscópico que yo he logrado aislar. Uso procedimientos nuevos de investigación que asombrarían a nuestra generación y, tal vez, me hicieran morir en la hoguera por hereje, si la Iglesia lo descubriera. O me haría empalar o descuartizar por parte de los esbirros del Señor de Falsborg por considerarme un enviado de Dios o cosa parecida. Como veréis, así de grotescas y de contradictorias son las cosas de los hombres. Los que se dicen creyentes, sacrifican a quien quiere saber más. Los

que no lo son, lo hacen con el que consideran peligroso para la ignorancia de sus vasallos. Y así va el mundo...

Ulrich asintió, ceñudo. Sus ojos no se desviaban, como fascinados, del pequeño botellín rojo, de vidrio color rubí, conteniendo dentro algo oscuro y espeso.

—Pero... ¿qué es eso? —insistió el joven, algo brusco.

—Yo os dije que algo muy pequeño y muy importante. Algo que significa la diferencia entre la vida y la muerte de miles de seres.

—¿Y se trata de...?

—El pequeño cuerpo de la Peste. El mismo Mal, aislado. Yo le llamo el bacilo de la peste. Lo he extraído de unas ratas y de unas pulgas transmisoras. Creo que de ahí viene la epidemia. Lo tengo comprobado virtualmente gracias a ese diminuto cuerpo aislado ahí. Si liberásemos esa sustancia ahora, repleta de corpúsculos aislados y terriblemente virulentos, podríamos desatar una plaga mil veces peor, que lo aniquilase todo.

—Cielos... —tembló Gretchen—. ¿Y el frasco verde?

—Ese es al antídoto. Es el remedio que he logrado para frenar la epidemia.

—¿Tan pequeño?

—Es sólo el principio. Una muestra, Si resulta, habré encontrado el camino. La voy a probar, con vosotros.

—¿Con nosotros dos? —se extrañó Ulrich.

—Sí —sonrió el alquimista, mirándoles con afecto desde su rostro, rugoso y de angulosas facciones—. Os tengo un aprecio especial a ambos. Merecéis esto que haré por vosotros. Es mi prueba. Si quedáis inmunes, significará que lo he logrado. Rodeados como estáis de apestados, pese a vuestra vitalidad, terminaríais por ser víctimas de la epidemia. Tomad...

Extrajo el frasco verde. Lo destapó con lentitud y sumas precauciones, aplicándolo luego a los labios de Gretchen en primer lugar, y de Ulrich en segundo. Ambos sorbieron cosa de unas gotas. Luther apartó el frasco de su boca. Lo cerró.

—Ya está. Vosotros nada tenéis que temer... a menos que yo esté totalmente equivocado, cosa que no creo... Luego será el momento de probar con los enfermos. Tal vez resulte y evolucionen favorablemente. Si así fuese... habríamos alcanzado la victoria final, amigos míos. La Humanidad estaría a salvo de la peor plaga de todas.

—Dios lo quiera, Luther —musitó Gretchen—. Confío ciegamente en vos.

—Y yo —asintió Ulrich, notando el amargo sabor del elixir dé su boca. Respiró con fuerza—. Contad con nosotros para cuanto sea necesario.

—Sé que puedo confiar en vosotros. Por eso habéis sido los primeros beneficiados de mi invento... Sé que capitaneas el complot, Ulrich.

—¿Complot? —Palideció el rubio joven—. ¿Qué complot, Luther?

—Vamos, vamos, sé sobradamente lo que se planea.

Todos estamos de acuerdo en eso. Hay que terminar con la tiranía, derrocar al amo y señor que nos exprime implacablemente con los impuestos y nos

deja morir de hambre, privaciones, falta de higiene y enfermedades derivadas de todo ello. La conspiración para derrocarle, existe. Lo sé. Estaré con vosotros. Y lucharemos lodos unidos hasta ser libres.

—Me dais una gran alegría, Luther. Cuantos más seamos, antes alcanzaremos la victoria sobre el tirano... Y algún día, este antídoto será algo más que un simple medicamento. Será el símbolo de nuestro triunfo sobre las enfermedades... y sobre la tiranía...

Fue súbito, imprevisible.

A espaldas del alquimista, una cortina de burda tela cedió al pasar por ella un fornido brazo musculoso, protegido por muñequeras de metal, que arrancó de los dedos del investigador su gran hallazgo.

Simultáneamente, cuando Luther Heinz gritó roncamente, al notar que huía de su mano el precioso frasco, irrumpieron por la puerta de la cabaña hasta una decena de soldados armados, de casco de metal bruñido y espesas mallas cubriendo sus cuerpos. Las espadas se apoyaron sobre Ulrich, Gretchen y el alquimista, inmovilizándoles.

Un militar con graduación de oficial, les conminó bruscamente:

—Ya hemos oído demasiado. Estáis arrestados. El Señor de Falsborg será muy feliz de volver a veros en su castillo, alquimista del diablo... junto con estos dos jóvenes rebeldes.

¡En marcha! O seréis muertos todos aquí mismo.

No podían hacer nada. Furioso, Ulrich trató de revolverse, de hacer frente a los hombres del castillo. Pero era tarea tan inútil como suicida. Una patética mirada de Gretchen y un gesto severo de Heinz le advirtieron a tiempo.

Se contuvo. Su hercúleo torso se hinchó bajo la punta de dos espadas amenazadoras, dispuestas a ensartarle a la más mínima señal de resistencia o agresividad. También Gretchen sentía el acero apoyado en sus pechos y en su vientre, mientras las miradas lascivas de los soldados la hurgaban obscenamente, como queriendo desnudarla totalmente allí mismo, ya que no con sus manos, si con sus ojos ávidos.

—Está bien —dijo sordamente Heinz, alzando sus brazos—. No oponemos resistencia, soldados. Nos entregamos. Haced con nosotros lo que queráis.

—Ya lo oísteis antes. ¡En marcha! —rugió el oficial, imperativo.

Luther dirigió una mirada desesperanzada al milagroso frasco, que ahora yacía a sus pies, sobre el suelo de tierra. Uno de los soldados siguió su mirada. Rápido, Heinz puso el pie sobre el frasco, cubriéndolo. El oficial, en ese momento, dio órdenes tajantes a sus hombres:

—¡Vamos, fuera de aquí cuanto antes! ¡No os entretengáis ni un instante en este lugar corrompido, lleno de enfermos de la peste! ¡De regreso al castillo, pronto!

Eso impidió que el soldado curioseara entre los objetos que la entrada de los soldados había dispersado por doquier. Apresuradamente, todos salieron cíe la choza, empujando con sus armas al alquimista y a sus dos jóvenes amigos.

Momentos más tarde, la comitiva se dirigía hacia la mole de piedra, alejándose lo más deprisa posible de las humildes chozas y de los montones de cadáveres acumulados en sus calles y plazas, esperando ser sepultados en las zanjas comunes.

Los portones macizos del castillo se cerraron herméticos tras de ellos. Ojos enfurecidos, rostros crispados, se volvían hacia la fortaleza donde acababan de ser introducidos Heinz, Ulrich y Gretchen. Un vozarrón se alzó en el poblado sacudido por el terrible azote de la plaga mortal:

—¿Vamos a seguir consintiendo eso? —Rugió él hombre de rostro áspero, grasiento, brillante de sudor, saliendo a la puerta de la herrería—. ¿Hasta cuándo toleraremos que el tirano se salga con la suya y secuestre a viva fuerza, cuando le viene en ganas, a cualquiera de nosotros? ¡Seguramente, jamás volveremos a ver ya a esos hermanos nuestros!

—¡Otto, el herrero, tiene razón! —apoyó otro—. ¡No es justo que soportemos la enfermedad, el hambre, y además la tiranía de ese cerdo que nos oprime! ¡Ulrich es uno de nuestros caudillos, y no dejaremos que lo sacrifiquen en sus mazmorras! ¡El alquimista Heinz es un buen amigo, y también está a nuestro lado!

—Y Gretchen es una muchacha noble y generosa —apoyó otro—. ¡Tenemos que asaltar el castillo y destruir al malvado y a su corte de depravados, antes de que la peste termine con todos nosotros!

—¡Sí, sí! —corearon varias voces, estentóreamente.

Otto, el herrero, alzó sus vigorosos brazos hercúleos. Les apaciguó con su potente voz:

—¡Eh, esperad, esperad aún! ¡No tenernos armas, y ellos están armados hasta los dientes! ¡No podemos subir al castillo y entrar en él, sin recibir antes sus flechas y arcabuzazos, sus marmitas de aceite hirviendo y demás lindezas! ¡No, tenemos que obrar con inteligencia! ¡Hay que procurar que alguien nos abra las puertas desde dentro, y podamos entrar en el castillo!

—Sí, pero ¿quién podrá entrar en él y hacer tal cosa? —se quejó otro.

—Tengo una esperanza: Ulrich está dentro. Lo intentará, aunque perezca en el empeño, estoy seguro de ello. De modo que, por si ocurriese así, adelante. Preparaos todos. Rodearemos sigilosamente la fortaleza. Y a la menor señal de que las cosas son como yo imagino... ¡al asalto, a sangre y fuego, hermanos!

—¡Sí, muerte al tirano! —Gritaron cien voces—. ¡Muerte al maldito Señor de Falsborg!

—¡Muerte! —Contestaron otras voces, como eco interminable, incluso en las voces débiles y quebradas de enfermos y de parientes angustiados—. ¡Muerte...!

Arriba, el castillo era una hermética mole, salpicada por los hachones encendidos en sus almenas, por las que los soldados del Señor de Falsborg montaban su guardia, ojo avizor.

* * *

—Lo sé todo. Absolutamente todo, estúpidos. Puedo haceros descuartizar por eso. Pero no antes de torturaros hasta que pidáis a gritos, sollozando, que se os administre la muerte, para dejar su sufrir.

Ulrich se estremeció. Gretchen entornó sus oíos, angustiada. El alquimista no pestañeó, fija su mirada en el tirano. Hubo risas en el amplio salón, brillantemente iluminado.

—Temo no entenderos bien, mi señor... —comenzó Luther Heinz, con serenidad—.

No hemos hecho nada malo ninguno de los tres.

—¡Mientes, alquimista necio! —rugió el Señor de Falsborg, irguiéndose en toda su impresionante estatura, frente a los tres prisioneros. Su lujosa capa y sus ropajes salpicados de pedrería, eran fastuosos, dignos de un rey, y las luces de la sala se reflejaban en ellos con mil destellos cegadores—. ¡Yo sé que sois tres traidores que conspiráis a mis espaldas, para terminar con mi poder y con mi vida» malditos inútiles!

—Puedo responder de ellos dos como de mí mismo, mi señor —declaró humildemente el alquimista—. Gretchen y Ulrich son dos jóvenes enamorados que sólo desean paz y trabajo para vivir felices... Ved: ni siquiera llevan armas consigo.

—No te creo una sola palabra, brujo insensato —el rostro anguloso, pálido y cruel, se crispó en un gesto feroz, realmente temible. Los azules ojos del feudal brillaron malignamente. Se acarició lentamente la barbita rubia, rizosa, que orlaba su mentón ridículamente—. De todos modos, si estáis vivos todos aún, da las gracias a tu ciencia, alquimista.

—¿Mi ciencia? ¿Qué valor puede tener mi pobre ciencia para vos, mi señor, que todo lo poseéis?

—Dices bien. Todo lo poseo. Todo, y a todos: amigos, cortesanos... —paseó por la sala, bajando de su estrado orgullosamente. Tocó a un ser pequeño, deforme y jorobado, de malévola expresión en su caballuno rostro. Luego, miró a un hombre silencioso, cruzado de brazos, de capa y caperuza rojas, y torso desnudo—. Poseo también un bufón divertido, un verdugo implacable... y todas las riquezas y manjares que pueda soñar un rey. Poseo también un pueblo, unos agricultores y artesanos que trabajan para mí, me pagan sus tributos y me rinden pleitesía. Tienes razón, alquimista. Todo lo poseo. Incluso a vosotros y vuestras vidas. Pero tú tienes algo que yo no poseo. Y ése algo es lo único que puede salvar tu vida y !a de tus dos amigos: e] remedio para impedir que la peste nos ataque a todos los que vivimos entre los muros de este castillo. La medicina contra la Muerte Negra. Para mí, para mis vasallos y cortesanos, para mis leales tropas. ¡Dame ese antídoto que tú posees, alquimista, y salvaréis vuestras sucias vidas por esta vez!

—Mi... mi señor... —jadeó Heinz, dominando lo mejor posible su sobresalto y temor—.

No es posible que penséis... que yo posea tal milagro, tal pócima increíble...

—Se que la tienes —silabeó el Señor de Falsborg—. Te exijo que vuelvas a tu choza con un escuadrón de mis soldados, y traigas aquí, intacto, ese prodigio de tu alquimia.

—Os aseguro que os equivocáis, señor. No sé quién pudo deciros tal insensatez, pero yo jamás podría conseguir algo tan extraordinario...

—¡Alquimista, una negativa más, y serás emparedado vivo hasta morir! —rugió el feudal, parándose ante él, rabioso. Luego, tomó una daga de su cintura, y dio unos pasos hasta detenerse ante Ulrich y la hermosa Gretchen. Les miró, colérico. Su mano zurda, tocó soezmente los pechos de ella, manoseándolos con deleite, ante el colérico gesto de Ulrich y el destello peligroso de sus ojos. La voz del Señor de Falsborg sonó helada, implacable —: Niega otra vez la verdad que yo conozco, y este hermoso joven amigo tuyo morirá a mis manos. Elige, alquimista. ¿O es que querías guardar tu brebaje maravilloso para distribuirlo entre la sucia carroña de tus amigos y conciudadanos de allá fuera? ¡Que se pudran ellos con la peste, mientras nosotros nos salvamos, que no faltarán vasallos prestos a ocupar esas tierras en el futuro, pagando por ellas buenos tributos!

—Soltad a mi amada, señor —era la voz de Ulrich ahora, la que sonaba fría y cortante como el acero mismo que empuñaba su amo y señor, apoyado en su pecho.

—¿Cómo osas dar órdenes aquí? —rugió el feudal, iracundo—. ¡Esta es mi respuesta, necio!

Nadie podía esperarlo. Gretchen y el alquimista, menos que nadie. Tal vez Ulrich tampoco.

Lo cierto es que, sin soltar los senos de la joven, que estrujaba con gesto malévolo y sonrisa libidinosa, su diestra hizo un brusco movimiento, y la hoja de acero de la daga, se hincó hasta la empuñadura en el pecho del joven.

Este se dobló, con ojos dilatados, convulso el gesto por el súbito dolor de la mortal herida, y Gretchen lanzó un terrible alarido. Los cortesanos se mantuvieron indiferentes, el bufón soltó una risotada, y el verdugo de roja caperuza permaneció impávido como una estatua.

—¡Dios mío! —Gimió el alquimista, angustiado—. ¡Ha matado a Ulrich!

—¡Asesino! —el insulto, el grito desesperado, rabioso, era de la garganta de la hermosa Gretchen, que así osaba enfrentarse al criminal señor feudal, cuya daga seguía hundida en el pecho del joven.

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, ella misma actuó con centelleante rapidez. Ni la guardia personal del Señor de Falsborg llegó a tiempo. Porque antes de que pudieran siquiera reaccionar, ya la mano izquierda de Gretchen, con celeridad increíble, desprendía de sus ropas lo que no era sino un largo alfiler de acero, muy puntiagudo, rematado por una falsa perla.

Y clavaba ese acero de un solo golpe, sobre el corazón del feudal. La aguja penetró hasta la misma perla, lo cual significaba que había atravesado el

corazón del señor del castillo.

Un rugido de cólera y de sorpresa violenta, brotó de labios del tirano, que dio un paso atrás, mirando con horror la perla que emergía del orificio sobre su pecho.

—Me... has matado, estúpida mujer... —jadeó, convulso, dilatando sus ojos con pánico irrefrenable.

Los cortesanos retrocedieron también, aterrados. El bufón heló su risa en los labios deformes. La guardia personal corrió a prender a la mujer, quizás a atravesarla con sus armas despiadadamente.

Pero Ulrich, con la daga clavada en su pecho, tuvo aún energías para aferrar al más próximo, arrebatarle fieramente una lanza, y clavarla brutalmente en el abdomen de un soldado, despojando a otro de la espada. Con ambas armas en sus manos, cayó sobre los demás guardianes, gritando a la joven:

—¡Gretchen, trata de huir! ¡Abriré las puertas de este maldito castillo, antes de que las fuerzas me fallen! ¡Luther, seguidla, pronto!

—Es inútil, Ulrich —gimió éste—. Nunca llegaría al exterior... Pero ayudaré a Gretchen a intentarlo.

Y se interpuso entre ella y los soldados, recibiendo en su cuerpo lanzas y espadas, mientras Ulrich y ella corrían, abriéndose paso a tajos de espada, en medio de una conmoción— sin límites.

El Señor de Falsborg, aferrándose a un cortinaje, con el rostro lívido, se había arrancado del pecho el largo alfiler, dejando correr un hilo de sangre sobre sus lujosas y enjoyadas ropas. Un brazo trémulo, una mano cérea y huesuda, señaló a la pareja que huía, jadeando ya al borde de la muerte:

—Perseguid...les... Castigad... su horrible... crimen. . Yo, su... su señor... muero por culpa de... de esa sucia mujer del pueblo... ¡Yo, que creí poder vencer a la Muerte Negra, malditos sean todos ellos...!

Luego, tambaleante, ayudado por su verdugo y su bufón, el Señor de Falsborg trató de caminar hacia alguna parte con sus últimas energías, susurrando en medio del tremendo silencio que, de súbito se había hecho en la esplendorosa sala de fiestas del castillo:

—Mi cámara... quiero ir a morir a mi cámara... para no morir jamás. Para volver a ser... yo mismo... más allá de... la misma Muerte... Llevadme, mis fieles amigos, llevadme hasta allí...

Ellos asintieron. Mientras tanto, allá en las almenas había una conmoción. Sonó un grito agudo, en medio del estruendo de los aceros entrechocando:

—¡La puerta del primer reducto! ¡Han logrado alcanzarla y han cortado los cables del puente levadizo! ¡Van a escapar!

Luego, otra voz estentórea, gritó desde más lejos:

—¡No sólo eso! ¡Los aldeanos están ahí fuera, armados! ¡Van a invadir el castillo y vienen con antorchas encendidas! ¡Claman exigiendo nuestras vidas! ¡El alquimista ha caído, y el rubio mozo también, pero ella ha logrado escapar!

Borrosamente, el Señor de Falsborg oía esas palabras, mientras torpemente, cada vez más agotado, llegaba a una cámara situada tras unos cortinajes negros y una férrea puerta de recia madera claveteada, para caer, agonizante, ante un reclinatorio cubierto de signos cabalísticos, y ante el cual había una cortina negra; el señor feudal ordenó a sus hombres.

—Descorred... esa cortina. Pronto... Antes que... muera...

El bufón y el verdugo obedecieron. Se descorrió la cortina. El Señor de Falsborg, parecía orar. Cosa increíble en un hombre de quien se sabía que era perjuro, sacrílego y malvado como pocos.

Pero detrás de la cortina negra, lo que emergió no fue una dulce imagen celestial, sino la espantosa figura de un enorme macho cabrío, negro como la noche, con cuernos centelleantes, ojos llameantes y expresión demoníaca.

Sobrecogidos, bufón y verdugo cayeron de rodillas, mientras la voz del Señor de Falsborg tronaba, en su último, desesperado esfuerzo:

—Tú, mi único señor, Satán... Tú a quien adoré y serví toda mi vida fielmente... dame ahora lo único que puedo ya pedirte en el mundo... Voy a morir... y te pido ser tu siervo fiel también en las Tinieblas a donde voy... Juro adorarte eternamente y cumplir tus designios. Maldigo a quienes hoy me destruyen, y mi maldición deberá seguirles por los siglos de los siglos, no importa que transcurran mil años, para que un día se haga realidad esa maldición y caiga sobre ellos y sus descendientes. Y que yo, tu fiel siervo, pueda ese día resurgir de las cenizas de la Muerte para volver al mundo de los vivos y proporcionarte más almas para tu servicio... ¡Satán, mi amo y señor único y verdadero, que se cumpla cuanto pido, aunque ahora el fuego destruya toda mi obra y mi recuerdo! ¡En ti confío, Príncipe de las Tinieblas!

Inclinó la cabeza, con su último aliento. Sus ojos vidriosos se fijaron en la negra estatua demoníaca de aquel a quien rendía diabólico culto. De ésta pareció brotar una luz escarlata, súbita y cegadora, que envolvió a todos. El verdugo y el bufón chillaron, envueltos en aquel resplandor que parecía causarles dolor, y que les encogió hasta convertirse en dos inmóviles amasijos humanos, a ambos lados del negro reclinatorio del culto al Diablo.

Ambos estaban muertos.

Y del reclinatorio, al deslizarse a las baldosas del suelo el cuerpo sin vida del Señor de Falsborg, surgió una llama azufrada que envolvió el mueble y, con él, el cuerpo del amo y señor de aquellas tierras germanas, rebeldes al rey Otón I.

* * *

Añadían las viejas crónicas del Medievo que Luther Heinz, el alquimista, murió en el castillo de Falsborg, así como el joven rebelde Ulrich, pero que Gretchen, sola y a salvo, logró escapar, inmune a la Muerte Negra, con un hijo de Ulrich en sus entrañas.

Un hijo que nacería lejos de allí, sin tiranías ni miedo a la muerte de la peste, ya que la protegía el antídoto del alquimista Luther Heinz.

En cuanto al antídoto y el bacilo aislado de la siniestra epidemia medieval, se dice que todo fue destruido por el fuego purificador que envolvió a la aldea, cuando los triunfadores vasallos del tirano ocuparon el castillo y repartieron las riquezas, yendo con ellos en busca de otras tierras menos hostiles y más esperanzadoras para todos.

Pero eso sólo lo dicen las crónicas que, muchas veces, no son más que leyendas. Hay otra leyenda germana en las viejas tierras del Señorío de Falsborg, que asegura, por el contrario, que el alquimista Heinz murió sabiendo que, en algún lugar, bien oculto, quedaba uno de los frascos de su brebaje maravilloso, así como el bacilo que él lograra aislar, confiando en que futuros científicos pudieran sacar de ello un posible beneficio para la salud del ser humano.

Dicen tantas cosas...

Pero todo son romances de la Edad Media. Pura leyenda.

¿O tal vez no?

SEGUNDA PARTE
LA MALDICION

CAPITULO PRIMERO

Las manos cerraron el viejo volumen de amarillentas páginas encuadernadas en piel ocre, y los ojos pensativos, ligeramente cansados por la fatiga de leer los caracteres góticos de aquellas viejas páginas reproducidas por algún impresor del siglo XVIII, en Nuremberg, se fijaron en el dorado ya marchito y sucio del titular de portada, de bellas letras también góticas:

LEYENDAS, ROMANCES E HISTORIAS DE ALEMANIA. EDAD MEDIA

No tenían autor allí detallado. No hacía falta. Posiblemente jamás hubo autor que escribiese todo aquello. Si acaso, alguien que se limitó a recopilar lo que iba en boca de las gentes, las antiguas historias, muchas de las cuales jamás ocurrieron realmente, y las leyendas que habían contado muchas veces los juglares y romanceros.

Podía haber leído muchas de esas bellas narraciones, pero a él sólo le interesó una de entre todas. Y ya la había leído dos veces, minuciosa e interesadamente, desde la primera a la última palabra. Se había detenido a veces en los códices y miniaturas de la época, perfectamente reproducidas en tenues colores por el impresor de Nuremberg. Era una verdadera filigrana. Un libro excepcional.

—¿Habéis hallado lo que buscabais?

Se volvió al oír la voz. Miro al padre Holstein, que le había permitido cortés y amablemente hojear aquel viejo volumen en la biblioteca de la antigua y pintoresca iglesia de Falsborg.

El anciano religioso, con sus blanquísimos cabellos nimbados por la luz que penetraba por las ojivas del gótico edificio, se aproximaba a él caminando muy suavemente, sin apenas producir ruido en las gastadas baldosas del recinto repleto de estanterías con polvorientos y envejecidos volúmenes de todo tipo.

—Sí, padre. Gracias —suspiró el lector, irguiendo su esbelta figura juvenil, que tanto contrastaba en aquel ambiente y en aquella decoración, con sus ropas de hoy, su suéter de vivo color, su camisa abierta, sus pantalones deportivos y su liviano calzado. Los claros ojos azules se fijaron en el sacerdote, mientras una leve sonrisa asomaba a los labios—. Ha sido muy amable conmigo permitiéndome examinar este libro.

—Estoy aquí para servir a los demás, mi joven amigo —sonrió el rugoso y apacible rostro del religioso, deteniéndose frente al atril de vieja madera, sobre el que reposaba el volumen de gastadas tapas de piel—. Es un libro singular. No creo que quede ninguna edición de él por el mundo. Podría decirse que es un ejemplar raro y único.

—Os darían por él una fortuna en cualquier mercado de libreros de

Alemania — comentó el joven.

—Lo sé. Pero no me interesa vender nada. Son patrimonio de la ciudad, de esta iglesia y de la cultura de mi pueblo, que es el de todos nosotros. Cometería un acto indigno si llegase a deshacerme de cualquiera de las piezas de este recinto, por la simple razón del lucro.

—Perdonad —se excusó el joven, inclinando la cabeza—, debería avergonzarme de lo que dije, pero no pretendía...

—Lo sé, lo sé —le calmó apaciblemente el sacerdote, agitando una mano suave y serena como una paloma—. No tenéis por qué disculparos de nada. Lo que me satisface, es comprobar que no hicisteis en vano esta visita a mi iglesia.

—Padre Holstein, ¿realmente creéis que cuanto se dice en este libro es totalmente cierto? —preguntó de pronto el joven.

—No, claro que no —rió suavemente el religioso, moviendo la canosa cabeza—. La mayoría de los relatos ahí recogidos no pasan de ser leyendas, fantasía popular y muy poco de la realidad, amigo mío. No debéis fiaros de lo que ahí se escribió, y sólo admitirlo como una muestra de la imaginación de las gentes a través de los tiempos. Tiene belleza, pero dudo mucho que responda a la realidad histórica en su inmensa mayoría.

—¿Será... será ése el caso del Señor de Falsborg, en el siglo X?

—Dios nos asista —rápida, sorprendentemente, se persignó el padre Holstein, como si hubiera nombrado algo demoníaco—, Wolfgang Max Falsborg, Señor de las tierras de Falsborg..., ¿por qué os interesó precisamente ese relato?

—Es el que me trajo aquí, padre —confesó el joven visitante, estudiando perplejo e intrigado al sacerdote—. ¿Ocurre algo con él?

—Es, quizás, una de las pocas historias en que la gente cree. Y yo también.

—¿Un poseído del Diablo? ¿Lo fue, realmente? ¿Es eso lo que os asusta? La superstición de las gentes, y más cuando se escribieron esas leyendas, puede alcanzar límites insospechados, bien lo sabéis...

—Claro que lo sé, Pero no he dicho que me asustase la posibilidad de que el señor feudal de esta región fuese un endemoniado. Sencillamente, me aterra su maldición.

—¿Maldición? ¿Creéis en ella?

—Creo en el Bien y en el Mal. Por tanto, creo también en un Dios y en un Diablo. Hoy en día son cosas que la gente toma a burla o a manía de viejos fanáticos, pero yo sé que el Diablo existe. Y sé que hay gentes entregadas a él en cuerpo y alma, quizás sin ellas mismas saberlo. Ese hombre por el que os preocupáis, puede que haya sido solamente motivo de un relato fantástico. O es posible que, realmente, practicase cultos satánicos. Por algo, aún hoy en día, el viejo castillo de Falsborg, o más bien sus ruinas, sigue estéril y desolado, sin que en sus tierras se pueda cultivar nada, ni crezcan otra cosa que hierbajos ásperos y salvajes entre las piedras ennegrecidas de la vieja fortaleza. Los aldeanos, al pasar cerca de él, se persignan y apresuran el paso.

Las tierras de cultivo que podrían aprovecharse, son estériles y nadie las habita. Y se dice que cuando el viento sopla con fuerza, se oyen gemidos de dolor y de angustia entre las viejas piedras.

—Padre, usted sabe que el viento produce ruidos al penetrar por las rendijas de las piedras... Eso no significa nada.

—Yo no puedo afirmar ni negar nada. No sé si ocurrió como dice ese libio, o no. Sólo sé que durante mil años, exactamente, nadie se preocupó demasiado por la historia del señor de Falsborg.

—¿Mil años? —dudó el joven, escéptico.

—Eso es lo que dije, sí. ¿Sabíais que el Señor de Falsborg fue muerto en el año de gracia del 970 de nuestra Era, y que precisamente ahora, en las fiestas locales de esta semana, se cumple el milenario de su muerte y de la destrucción del castillo, a manos de los súbditos enfurecidos contra su tiranía?

—No, no sabía que fuese tan exacta la efemérides. Mil años, son muchos años...

—Para Dios o para el Diablo, mil años no son nada. El tiempo no existe para los que no vivimos aprisionados y limitados por él, mi joven amigo. Y recordad que el Señor de Falsborg maldijo a quienes le destruían, por milenios. Y que, aunque transcurrieran esos mil años, él existiría en espíritu, para cumplir su venganza desde la tumba, saliendo de nuevo de entre las cenizas para servir a su amo y señor, Satán.

—Pero nada sucede que justifique la fe en esa presuma maldición —volvió a sonreír el joven—. De modo que no veo razones que abonen vuestras convicciones, padre Holstein.

—¿No? —los claros, gastados ojos del anciano, se fijaron en él con extraña expresión. La luz de los ventanales de la biblioteca, daban ahora una rara tonalidad, entre oro y plata, al nimbo de sus cabellos nevados. El sol se iba tornando una amarilla luz oblicua, a medida que avanzaba la larde. La voz del sacerdote sonó apacible, pero con extraña entonación—. ¿Por qué estáis hoy aquí, mi joven amigo? ¿Sois acaso de estas tierras?

—No, padre. Ya os dije que vengo de Munich, en Baviera. Estudio Historia de Alemania, estoy de vacaciones, y deseo escribir mi ejercicio de fin de carrera sobre las leyendas de determinados lugares de mi país...

—¿Por qué habéis venido, precisamente, a Falsborg? —insistió el religioso.

—Pues., no sé —el joven visitante sacudió la cabeza, desorientado—. Recibí unos folletos y una invitación...

—¿Invitación... de quién?

—De la Oficina de Turismo e Historia de Falsborg, padre Holstein. Recuerdo habéroslo comentado cuando os pedí examinar este volumen...

—Lo sé muy bien —la sonrisa del sacerdote se hizo triste y algo amarga. Sus claros ojos brillaron—. No olvidé eso, mi joven amigo. Mientras leíais ese volumen, he estado telefoneando al Ayuntamiento de Falsborg. Hablé con el burgomaestre (*Todavía en Alemania se sigue llamando, como en otros*

tiempos, por el término de burgomaestre al alcalde. En otros países, se perdió esa costumbre, pero no en las ciudades germanas) de la ciudad.

—¿Por qué habéis hecho eso? ¿Acaso pensáis que os engañaba?

—No, mi joven amigo —le calmó suavemente el religioso—. No pensé eso en ningún momento. Pero en tal caso, alguien os engañó a vos.

—Temo no entender bien...

—Entenderéis cuando os diga que mi charla con el burgomaestre me confirmó algo que ya sospechaba desde un principio.

—¿Qué es ello? Me inquietáis, padre...

—Tenéis motivo para inquietaros, por muy escéptico que os sintáis por las cosas que os parecen manías de viejos crédulos como yo. Sabed, amigo mío, que no existe, ni ha existido nunca, en Falsborg, una Oficina de Turismo ¿ Historia... Ni nadie de aquí se dedica a enviar folletos e invitaciones a persona alguna.

Estupefacto, el joven visitante iba a objetar algo con vivacidad, cuando una voz sonó a espaldas suyas, interpelando con firmeza:

—Perdón, padre Holstein... ¿Puedo leer el Libro de Leyendas. Romances e Historias de Alemania de la Edad Media, editado en Nuremberg en el siglo XVIII?

Se volvieron ambos, con un común sobresalto. Quien hacía esa pregunta, era una mujer.

Una hermosísima mujer de cabellos rubios y ojos azules, a la que el sol en declive, a través de los ventanales góticos, hacía semejar una aparición del pasado.

* * *

—Mi nombre es Gretchen. Gretchen Lang. ¿Y el suyo?

—Yo me llamo Ulrich. Ulrich Kappel.

—Ulrich y Gretchen... Es curioso, ¿no? —rió ella suavemente—. ¿Qué le parece la coincidencia?

El también sonrió, aunque de repente se daba cuenta de que ella y él hablaban de modo diferente a como hasta entonces lo estuviese haciendo con el padre Holstein, con quien se había sentido llevado por la costumbre ancestral de un tratamiento diferente, como si el ámbito donde se hallaba le hubiera hecho pensar por unos minutos que vivía en el pasado, y no en pleno siglo XX.

—Sí, una asombrosa coincidencia —manifestó, arrugando el ceño—. Ya lo había notado, señorita Lang.

—¿No le sorprende?

—¿Sorprenderme? ¿Por qué motivo?

—Bueno, usted ha leído ese libro...

—Sí. Lo he leído.

—¿Por qué se interesó por él?

—Soy estudiante de Historia. Voy a graduarme de esa especialidad. Mi trabajo versará sobre el tema de las leyendas y romances de la Edad Media. Pero usted, señorita Lang, ¿por qué se ha preocupado de venir a Falsborg, para leer ese libro tan poco conocido?

La joven sonrió, moviendo su rubia cabellera al hacer un gesto ambiguo con la cabeza. Alrededor de ellos, los atrios y jardincillos umbríos de la vieja iglesia, eran como un idílico remanso de paz, con la rumorosa fuentecilla central, los setos bien cortados y los arbolillos frondosos, prestando su sombra apacible a los senderos situados más allá de las arcadas y porches góticos del edificio medieval donde se hallaba instalada la casa de Dios.

—Una buena pregunta —comentó—. Me gustaría poderla contestar. El joven Ulrich la miró, con un leve sobresalto en su gesto.

—¿Cómo? —exclamo—. ¿Es que no lo sabe?

—En cierto modo, no —confesó ella con una deliciosa expresión de ingenuidad en sus ojos color celeste y en su ovalado y bello rostro de dulce valkiria—. Disfruto de un período de vacaciones, simplemente. Y he decidido visitar Europa. Eso es todo.

—¿Europa? —Pestañeó el joven alemán—. ¿Es que no es europea?

—Solamente por mis antecesores. Nací en los Estados Unidos, de padres alemanes. Ya sabe: la guerra mundial cambió muchas cosas. Pudimos refugiarnos allí de la persecución política. Me refiero a mis padres. Yo no llegué a conocer esos tristes tiempos.

—De modo que viene de América...

—Sí, exactamente. De Nueva York, donde reside mi familia.

—¿Por qué precisamente Falsborg? Es una pequeña ciudad, casi un pueblo, en una región alemana no demasiado turística.

—Bueno... —ella movió de nuevo su dorada cabeza con cierta perplejidad —. Digamos que fue una idea repentina.

Lo cierto es que nunca se me hubiera ocurrido venir aquí.

—Pero ha venido —Ulrich la miraba fijamente, sin dejar de pasear por el umbrío atrio.

—En efecto. He venido. Tal vez tuvo la culpa esa carta...

—¿Qué carta?

—Bueno, recibí información de diversos lugares donde pasar mis vacaciones. Pero me atrajo particularmente la oferta del Ayuntamiento de Falsborg, concediéndome, por sorteo entre las numerosas jóvenes de origen alemán nacidas en los Estados Unidos, una modesta beca para visitar esta región y estudiar su pasado. La beca sólo alcanza la suma de mil marcos, más un descuento en los viajes, pero lo consideré interesante y acepté.

—Seguramente la oferta le llegó desde la Oficina de Turismo e Historia de Falsborg, dependiente del Ayuntamiento local —anunció Ulrich, pensativo.

—Exacto —asintió Gretchen Lang, mirando con extrañeza a su compañero —. ¿Cómo lo sabe?

—Bueno, digamos que yo recibí publicidad de dicha oficina y por eso

decidí documentarme aquí para mi tesis de fin de curso y de carrera —eludió Ulrich mencionar lo que le dijera anteriormente el padre Holstein—. Por todo ello, decidí visitar esta ciudad y esta iglesia. Ese libro me fascinaba. Pero ¿por qué lo vino usted a leer, señorita Lang?

¿También el ayuntamiento de Falsborg le hizo esa oferta?

—No, no —negó ella—. Me recomendó que viniera a visitar esta iglesia y lo leyese atentamente, si quería conocer la historia de Falsborg, precisamente una persona del lugar donde me alejo en la población.

—Oh, entiendo. ¿Tal vez su hostelero...?

—No. Es una hostelera. La fonda tiene una dueña. Pero no fue ella quien me sugirió la visita y la lectura, sino una doncella.

—¿Una doncella de la fonda?

—Exacto. Una joven llamada Ewe. Me mostró unas fotografías de esta bella iglesia gótica, así como un folleto que trata del Libro de las Leyendas y Romances Medievales.

—Un folleto... y una doncella llamada Ewe.

—Sí —los azules y clarísimos ojos de ella se clavaron en Ulrich—. ¿Qué pasa? Le noto raro. ¿Por qué me hace esas preguntas?

—Verá... Yo me alojo en su misma fonda. Ewe es la doncella. Ella no me habló nada sobre esta iglesia, pero yo venía ya exclusivamente a visitarla y leer ese libro, amiga mía. Salí esta mañana de la fonda para pascar, comer en algún restaurante típico y luego visitar la iglesia. ¿Usted llegó más tarde?

—A la hora de comer, exactamente. Comí en la fonda y vine hacia acá. ¿De modo que usted se aloja también en Rittkuche Hof?

—Sí. Exactamente ahí, en esa fonda. Otra coincidencia, ¿no cree? —sonrió ella.

—Son demasiadas coincidencias, señorita Lang.

—¿Qué pretende decir con eso? ¿Cree que trato de ir tras de usted acaso? —se enfureció de repente la joven.

—No, por Dios, no digo eso, ni mucho menos —la frenó Ulrich, riendo Me refería a algo que mencionó antes el padre Holstein, y que yo no llegué a creer seriamente. Ahora, empiezo a dudar.

—Sigo sin entenderle —ella aún parecía irritada.

—Se refiere a... a esa Oficina de Turismo e Historia de Falsborg. Y tal vez también tenga algo que ver con esa famosa beca del Ayuntamiento local. ¿Se ha preocupado usted de investigar si realmente existe la citada beca?

—Señor Kappel, empiezo a no entender bien lo que está sugiriendo —ella apretó sus labios con energía—. ¿Adónde quiere ir a parar con esas tonterías? Sepa que, apenas llegué a la fonda, me esperaba allí una carta de dicha oficina turística, con el cheque por la suma ofrecida, que ya cobré en el Banco, así como me fueron hechos todos los descuentos en Nueva York, por una Agencia de viajes europea, con los billetes de ida y vuelta.

—No dudo nada de eso, señorita Lang. Personalmente, le diré que la oficina me recomendaba también ese parador, con descuento importante en

sus precios, y que así es exactamente. Por eso me alojo allí.

—Entonces, ¿dónde está lo extraño?

—Quisiera saberlo —confesó él, meditativo. Contempló la luz azul de la tarde, ya en plena puesta del sol. Luego, sonrió, inclinándose cortes—. Tengo mi coche fuera. ¿Quiere que la lleve de regreso a Falsborg, y tomemos una cerveza fresca en cualquier local, para terminar esta charla?

—Iría gustosa, pero hay algo en sus palabras que no acaba de gustarme. ¿A qué se refería antes, cuando ponía en duda lo de mi beca?

—A esto, mi estimada señorita Lang: el padre Holstein afirma que esa Oficina de Turismo c Historia... no existe. En suma, que alguien nos ha engañado a ambos.

—Pero eso, ¡eso no tiene sentido! —Protestó la rubia muchacha—. Cuando he recibido mi dinero, y usted y yo los respectivos descuentos, es que existe. Nadie regala nada por gusto.

—Es lo que yo digo. El padre Holstein dice haberlo comprobado por una llamada telefónica. Yo sugiero otra cosa: vayamos a la ciudad. Preguntemos en el Ayuntamiento. No cuesta nada. Y en cuanto haya una respuesta, sabremos a qué atenernos. Después de todo, estos viejos religiosos, por buena fe que tengan, muchas veces viven obsesionados, viendo influencias diabólicas donde no las hay,

—¿Influencias diabólicas? —se sorprendió Gretchen, volviéndose a mirarle con asombro.

—Sí, ya se lo explicaré más adelante. ¿Vamos a Falsborg, por favor?

—Está bien. Vamos, señor Kappel.

Poco después, el «Mercedes» de Ulrich Kappel conducía a ambos jóvenes de regreso a la cercana población de Falsborg. El padre Holstein, asomado a una de las góticas arcadas de la vieja iglesia, se quedó contemplando el vehículo que se perdía por la carretera, se persignó, y musitó entre dientes con voz apagada:

—Señor, cuida de ellos y de todos nosotros. El Diablo está en Falsborg. Y me pregunto qué es lo que pretende ahora... aunque mucho me temo que conozca la respuesta...

CAPITULO II

Las dos jarras espumeaban dorado líquido fresco. Unos farolillos bailoteaban a la brisa de la noche, tibia y húmeda, en el bar al aire libre instalado en aquella típica cervecería de aire bávaro, situada a las afueras de Falsborg.

La joven Gretchen Lang, pensativa, preocupada, contemplaba la cerveza, como si en ella estuviese la clave de sus dudas, mientras uno de sus dedos jugueteaba sobre la madera de la mesa, haciendo dibujitos con la cerveza derramada fuera del posavasos de cartón.

—¿Preocupada?

—Un poco —admitió ella, levantando la cabeza para mirar, inquieta, a su interlocutor.

—No hubiera querido preocuparla, la verdad —confesó Ulrich.

—No es culpa suya. Por el contrario. Me dijo algo que me pareció grotesco, incluso estúpido. Luego... he comprobado que es cierto. No tiene sentido, pero es cierto, y eso es lo que cuenta.

Suspiró, tomando un sorbo de cerveza. La espuma dejó huellas blanquecinas en sus labios carnosos, de un rojo natural y fresco. Se limpió con una servilleta de papel, antes de que hablase su compañero de mesa:

—Yo tampoco podía creerlo en principio. Imaginé que eran rocas de un viejo sacerdote imbuido de ideas religiosas.

—Y ahora... ¿qué imagina que es?

—No sé —confesó Ulrich—. No puedo imaginarme al Diablo moviéndose entre nosotros. Y menos aún enviando dinero o haciendo descuento en unos viajes y alojamientos, como cualquier agencia de viajes. Es absurdo, ridículo. Pero alguien tuvo que atraernos aquí a usted y a mí, por la razón que fuese. Ahora, sabemos positivamente, gracias a ese funcionario del Ayuntamiento, que no existe ni ha existido nunca una Oficina de Turismo e Historia en Falsborg. Ni mucho menos beca alguna para americanos de origen alemán. El descuento en la fonda, se ha hecho a través de una pretendida Agencia de Turismo Europeo, que tampoco conoce nadie. Y sus billetes de ida y vuelta desde Nueva York, seguramente también fueron rebajados por el pago de alguna entidad ficticia, que nadie sabe dónde está.

—Pero aparte de ser estúpido dar dinero para que vengamos usted y yo aquí... ¿con qué motivo podría hacer nadie semejante cosa?

—Sé tanto como usted —declaró Ulrich, tomando un largo trago de su jarra de excelente cerveza bávara—. No entiendo una sola palabra. Según el padre Holstein, es obra del Diablo. Pero como usted dijo antes, es grotesco imaginar algo así. No hay nadie hoy en día que crea en el Diablo. Y menos aún imaginándolo metido a hacer algo que no ofrece un objetivo claro.

—Por tanto, sólo cabe una explicación.

—¿Cuál?

—Un complot. Alguien ha preparado esto con algún motivo concreto.

—Sí, es una explicación razonable y práctica. Pero volvemos a la falta de lógica del hecho. Yo soy un simple estudiante de Historia. ¿Y usted, señorita Lang?

—Solamente una empleada en Nueva York —sonrió ella, encogiéndose de hombros—. Trabajo en unos grandes almacenes, como jefe de sección de ventas. Como ve, nada especial para traerme aquí desde tan lejos...

Hubo un silencio. Un acordeonista, dentro de la cervecería, tocaba melodías regionales. El leve soplo del aire nocturno, movía no sólo los farolillos pintorescos, sino también los dorados cabellos de la muchacha, y las ropas de ambos jóvenes así como los manteles de otras mesas, donde algunos clientes comían gruesas salchichas con mostaza o crujiente codillo al estilo de la región, bien regado todo ello por la buena cerveza en grandes jarras.

—Por tanto, sigue siendo una situación absurda —admitió Ulrich—. Casi empiezo a creer en el Diablo, la verdad...

Ella no dijo nada de momento. Estaba reflexionando, la mirada perdida en el vacío.

De repente, hizo una pregunta:

—¿Qué le pareció la leyenda?

—¿Eh? —Ulrich enarcó las cejas—. ¿Qué leyenda? ¿La del Señor de Falsborg?

—Sí, por supuesto.

—Interesante —meneó la cabeza—. Tal vez sólo eso: leyenda. No puedo creer que un alquimista del siglo X pudiera poseer un antídoto contra la peste bubónica, y además hubiera logrado saber que la enfermedad era el bacilo pestoso, portado por la rata,, e inoculado al hombre por las pulgas de esa misma rata. Es demasiado para un alquimista de hace mil años.

—Pero está escrito allí...

—Lo sé, lo sé. Yo mismo lo he leído, igual que usted. Pero tal vez alguien, en el siglo XVIII, imaginó todo ese asunto y lo transcribió como cosa del año 970.

—Aun así, en el siglo XVIII sería también demasiado avanzado anticipar esas teorías médicas, y usted tiene que saberlo.

—Lo admito —alzó sus manos—. Pero en otro caso, ¿qué explicación daría usted a los hechos narrados en ese libro? Quizá la edición sea apócrifa...

—¿Usted cree eso seriamente?

—No —confesó Ulrich con un suspiro—. Bien, ¿adónde quiere ir a parar, señorita Lang?

—A esto: hemos sido elegidos nosotros dos para reunirnos aquí. Y nos llamamos Ulrich y Gretchen.

—Ya habló de esa casualidad.

—¿Es, realmente, una casualidad?

Ulrich no supo que decir. Contempló fijamente a la joven y luego respiró con fuerza.

Sus palabras sonaron apagadas, vacilantes:

—No lo sé. Sinceramente... no lo sé.

Poco después, en silencio, se levantaban. Ulrich dejó unas monedas. Echaron a andar hacia el «Mercedes» del joven. La muchacha parecía realmente ensombrecida. Su charla en la cervecería al aire libre, no parecía haberla servido de gran alivio a sus dudas e incertidumbres.

El vehículo se deslizó por la carretera vecinal, hacia Falsborg, cuyas luces titilaban ya en la distancia, a menos de una milla. El aire de la noche se iba haciendo frío y más intenso. De repente, la ¡oven sufrió una leve convulsión. Ulrich la noto, puesto que la pierna de ella, con su falda arrugada sobre los bien formados muslos, rozaba la suya. Fue como si una corriente eléctrica cruzase de repente el cuerpo de la muchacha.

—¿Qué le pasa? —preguntó, volviéndose a mirarla.

—Nada —musitó ella—. Era un estremecimiento.

—Sí —asintió Ulrich—. Empieza a hacer frío.

Ella negó lentamente con la cabeza, la vista muy fija ante sí, en la cinta de asfalto que, entre arboleda frondosa, iba barriendo la luz de los faros.

—No —dijo roncamente—. No es el frío. Creo... creo que tengo miedo.

* * *

Miedo.

Ulrich bajó la cortina de su ventana y aseguró los postigos de madera, recios y toscos, como en los paradores campestres, iras una última mirada a la casi desierta calle de Falsborg donde se hallaba la fonda Rittkuche Hof.

Estaba pensando en lo que dijera la joven Gretchen. Ella había tenido un estremecimiento. Y confesaba que no era de frío, sino de miedo.

Miedo ¿a qué? ¿A quién?

Una joven norteamericana, eficiente y práctica, empleada en unos grandes almacenes como jefe de sección administrativa, no era fácil que se asustara de algo que ni siquiera se sabía lo que podía ser,

Pero él lo comprendía. Había empezado a sentir esa extraña, sutil sensación de amenaza exterior desde el momento mismo en que el anciano padre Holstein le dijera que la oficina turística no existía. El había querido rechazar toda posibilidad de existencia de circunstancias o elementos inquietantes en algo aparentemente tan tonto. Pero en el fondo, había presentido esto. Algo sucedía, y lo malo es que ni siquiera lograba entenderlo. Algo que le afectaba a él. Y también a una muchacha joven, hasta entonces desconocida totalmente para él, llegada del lejano Nueva York.

Gretchen y Ulrich.

Casi sintió miedo él mismo al pensar en ello ahora, pegado a los postigos de la ventana. ¿Tenía ella razón? ¿Era más que una casualidad?

—Al final, si sigo pensando en todo ello, me volveré loco —se dijo a sí mismo, sacudiendo la cabeza con energía—. Es ridículo preocuparse más. Si

algo ha de suceder, sucederá. Si no... ¿por qué estar torturándose con todo esto?

Se aproximó al espejo del armarlo y comprobó que sus ropas recién puestas estaban perfectamente. Se peinó y se dispuso a bajar. Era la hora de la cena, y esta noche no saldría del parador. No sentía deseos de deambular de noche por Falsborg, sin que hubiese una razón concreta para ello.

Golpearon suavemente la puerta de su habitación. Fue a abrir.

Ewe estaba en la puerta. Con su delantal y cofia almidonados, su amplia falda de rojo paño, tradicional en la región, y su blusa escotada, que revelaba la presencia de unos hermosos y poderosos pechos.

—Es la hora de la cena, señor —dijo, respetuosa, inclinándose ante él con una graciosa reverencia, que no hizo otra cosa que revelar más íntimos detalles de aquel busto realmente generoso y firme.

—Sí, Ewe, gracias —sonrió Ulrich, siguiendo con su mirada aquel bello espectáculo—.

Bajaré en seguida. ¿Está la señorita Lang abajo?

—¿La americana recién llegada? —Ewe hizo un gesto de asentimiento, con cierto aire de despecho—. Sí, acaba de bajar... ¿Se conocen ustedes?

—Tenemos gustos parecidos —asintió Ulrich—. Nos hemos encontrado haciendo turismo. Creo que tú la enviaste a visitar la vieja iglesia...

—¿La que fue abadía de Falsborg en otros tiempos? —Ewe asintió, distraída, sin que pareciera inmutarse por la pregunta, pese a que Ulrich ahora estaba más atento a su expresión facial que al panorama espléndido de sus robustos pechos—. Sí, recuerdo haberle mencionado el lugar. Quería conocer los sitios interesantes de la región.

—Ya —Ulrich salió al pasillo, cerrando tras de sí la puerta de su dormitorio—.

Gracias por avisarme, Ewe. Ya bajo.

—Iré a avisar al otro huésped —dijo ella, alejándose.

—¿Hay muchos en la fonda? —se interesó Ulrich.

—No, muy pocos —se detuvo Ewe, y giró la cabeza, clavando en él sus verdes y grandes ojos maliciosos—. Ustedes dos... y el huésped que llegó por la tarde. Esta no es aún buena época de forasteros. Mañana será diferente. Pasado mañana empiezan las tiestas de Falsborg. Son muy divertidas. Antiguamente, se dice que se celebraban cortando cabezas en público y empalando luego a los ejecutados. Pero por fortuna, los tiempos cambian, herr Kappel.

—Sí, afortunadamente —convino Ulrich, pensativo, encaminándose a la escalera que conducía a la planta baja del parador.

Ewe tuvo razón. En el amplio y confortable comedor rústico, tradicionalmente germano, estaba ya sentada Gretchen Lang en una mesa de mantel a cuadros blancos y rojos. Ardía un alegre fuego en la chimenea, que no estorbaba en absoluto. En la calle, el aire emitía de vez en cuando un prolongado silbido, acusando el incremento que había tomado en las últimas

horas.

El resto del comedor, todo él pulcro y agradable, aparecía totalmente desierto. Ulrich se aproximó a la mesa de la joven, donde ardía una vela roja, junto a un pequeño florero con un ramillete de florecillas silvestres.

—¿Puedo acompañarla, señorita Lang? —pidió, cortésmente.

—Por supuesto —ella pareció alegrarse, alzando sus ojos hacia él—. Sería horrible cenar sola en un sitio tan desierto... Siéntese, se lo ruego.

Ulrich lo hizo. La puerta de la cocina se abría en ese momento. Fraulein Ilse Eissman, la hostelera, apareció con una fuente repleta de ensaladilla de vinagre, entremeses y pan moreno, así como una botella de vino rosado y dos copas.

—Buenas noches, señores —saludó la opulenta y jovial patrona, con su mejor sonrisa, depositando los alimentos en la mesa—. Bienvenidos a mi casa sean ambos. Espero les guste la cena, así como este vino que guardo especialmente en mi bodega para los clientes como ustedes, en su primera noche aquí.

—Eso es muy amable de su parte, fraulein Eissman —sonrió Ulrich, contemplando los alimentos y la bebida que la saludable hostelera depositaba en su mesa—. Todos ustedes, en Falsborg, son muy hospitalarios.

—Oh, no lo crea —rió ella de buena gana, descorchando la botella y escanciando el rosado vino en sus copas—. Hubo un tiempo en que esta región era muy poco amable con los forasteros. Se acostumbraba a empalarlos o ahorcarlos en público, para que los demás no tuvieran la feliz ocurrencia de venir por aquí...

—Sí, algo he oído al respecto —asintió Ulrich, riendo. Alzó su copa, y Gretchen, frente a él, hizo lo mismo. Chocaron ambas, con suave golpeteo cristalino, y el joven añadió, mirando a su inesperada compañera de turismo —. Por nosotros, señorita Lang. Por usted, muy especialmente. Por una feliz estancia en Falsborg y por un futuro dichoso en su joven existencia.

—Gracias —sonrió la rubia joven dulcemente, mirándole con sus clarísimos y profundos ojos celestes—. Por todos nosotros.

Bebieron. La hostelera esperaba el resultado de la prueba con ojos brillantes. Ulrich aprobó, depositando la copa en la mesa, tras paladear el vino:

—Excelente, fraulein. Un vino inmejorable. Le hace sentirse a uno infinitamente mejor, se lo aseguro.

—Lo sabía —ella se mostró radiante—. Estaba segura de que les gustaría, señor Kappel. La botella es suya. Es mi obsequio para ustedes dos, mis jóvenes huéspedes. Ah, y no dejen que el señor Von Falsborg le eche la vista encima. Sería muy capaz de dejarles sin vino. A él también le gustó mucho cuando lo probó por primera vez... y ya agotó su botella de bienvenida.

—¿Von Falsborg, ha dicho? —Ulrich, vivamente, se volvió a mirar a la dama de la fonda de la población.

—Sí, eso es. Barón Otmar Von Falsborg.

—Pero eso suena a local, no a forastero... —objetó Ulrich, arrugando el ceño.

—Puede decirse que él es forastero aquí, a pesar de su apellido y sus ascendientes.

Lleva aquí solamente una semana, señor Kappel.

—La muy amable y hospitalaria fraulein Eissman ha dicho la verdad, caballero. Llevo solamente una semana en Falsborg. Pero mi familia dio el nombre a este lugar y a sus tierras circundantes. También a una parte de la Historia de este país. Yo soy, por línea más o menos directa, aunque remota, descendiente de los Señores de Falsborg.

La voz grave, profunda, había sonado al fondo del comedor, con un énfasis especial, con una sonoridad en sus tonos realmente notables que invitaba a volverse hacia donde se hallaba su dueño, con una mezcla de respeto y de sorpresa.

Realmente, el caballero que se llamaba a sí mismo Barón Otmar Von Falsborg, resultaba tan sorprendente como de respetable apariencia. Más que eso, su físico llegaba a impresionar a quien lo contemplaba.

Algo cohibida. Gretchen Lang clavó sus ojos azules en el hombre que acababa de pisar el comedor, del mismo modo que las pupilas sagaces del joven Ulrich buscaban también a aquel personaje. Se tropezó con la mirada glacial y taladrante de unos ojos tan singulares como el hombre que los poseía. Unos ojos de un azul raro, grisáceo y metálico, destacaban en un rostro alargado, anguloso, de nariz de halcón, y prieta boca de delgados y pálidos labios.

Hubiera estado perfectamente, vestido con ropajes medievales o envuelto en una capa negra. Pero ambas indumentarias hubiesen encajado mal en pleno siglo XX, n menos que acudiese a un baile de disfraces. Pese a ello, el largo gabán negro y sin abotonar que lucía, así como su gorro de astracán, negro y rizoso, ajustado sobre su cabeza, daban al porte del curioso individuo una apariencia aún más seria e impresionante.

—El Barón consumió su vino en sólo una noche —rió fraulein Eissman, la hostelera, apartándose de la mesa de los dos jóvenes comensales—. Y no puedo invitarle de nuevo, porque el ritual de mi casa no se puede alterar. De otro modo, agotaría las existencias de mi bodega, y ya no podría ser igualmente hospitalaria con los futuros huéspedes de mi negocio.

—No importa —suspiró Ulrich. Miró muy fijo al hombre de negro—. Si quiere una copa de este vino, señor Von Falsborg, está invitado a ella ¿O prefiere que le llame Barón?

—No, no —rechazó el hombre con un encogimiento de hombros, mostrando una cierta expresión complacida al oír la invitación que, sin duda, ni un solo momento pensó en rechazar—. Son muy amables. Acepto su vaso de vino. Y pueden llamarme solamente por mi apellido. El título, rara vez lo uso. No soy partidario de él, aunque lo haya heredado, junto con un escudo familiar y ningún dinero. Le hace parecer importante a uno, sin serlo

realmente.

Se sentó en la mesa vecina a la de ambos jóvenes, y Ulrich se dijo que, tras verle por primera vez, el hombre no parecía tan temible ni distante como parecía a primera vista. De todos modos, el rostro enjuto y severo, tenía un algo que impresionaba e inquietaba.

—A su salud, mis jóvenes amigos —saludó jovialmente, en un brindis rápido, antes de apurar de un solo trago el buen vino. Chascó la lengua, contempló pesaroso la copa vacía, y se dispuso a dar buena cuenta de la cena que, en ese momento, le servía la hostelera, con el aditamento de una enorme jarra de cerveza.

Aparte de ellos tres, solamente dos mesas aparecían ocupadas en el amplio comedor, mientras en el hogar ardían alegremente los leños, y el silbido del viento en el exterior, era cada vez más audible.

Los restantes huéspedes eran una pareja de avanzada edad y dos hombres con aspecto de tratantes de ganado o algo parecido. Uno de ellos, lucía atavío tirolés, con tirantes de un verde brillante.

Evidentemente, el Rittkuche Hof no tenía demasiada clientela, al menos en vísperas de las fiestas locales. Con toda seguridad, la cosa cambiaría mucho en sólo cuarenta y ocho horas, o tal vez en veinticuatro nada más. Al parecer, los festejos locales atraían por costumbre a muchos viajeros.

—¿Se va a quedar durante estas fiestas? —preguntó de pronto Gretchen, como si hubiera estado leyendo los pensamientos de su joven compañero de mesa.

—Oh, creo que sí —asintió él con rapidez—. Puede ser una buena fuente de información para mis estudios. Ya sabe, en esta clase de festejos populares, se conservan gran cantidad de tradiciones, usos y costumbres pintorescos, enraizados con la historia de la región. Sí, me gustará conocer en esos días el ambiente local. Pienso permanecer aquí. Y supongo que usted también...

—Por supuesto. Sea lo que sea lo que sucedió con esa beca, no pienso desaprovecharla en absoluto. Me quedo aquí, señor Kappel.

—Por favor, deje de llamarme así. Me hace sentir ya todo un catedrático de Historia, viejo y encorvado, en vez de un simple estudiante —rió él de buena gana—. ¿No le gusta mi nombre de Ulrich?

—Es bonito, sí —rió ella también—. Casi tan bonito como el de Gretchen, que me gusta bastante más; que ese protocolario «señorita Lang».

—Excelente, Gretchen. Entonces, rompamos las barreras del protocolo. Nosotros somos otra época, por muy viejo que sea Falsborg, ¿no cree?

—Evidentemente, Ulrich.

—De modo que ambos son forasteros... —Von Falsborg les estudiaba con un leve aire risueño en su huraño rostro halconado—. Y usted, jovencita, parece tener cierto acento extranjero en su alemán...

—Soy americana —le explicó ella—. Pero hija de alemanes, Barón.

—Vaya... ¿Nada menos que de la lejana América hasta aquí? ¿Tanta fama tiene ya Falsborg en el mundo?

—Digamos que todo ha sido un cúmulo de circunstancias casuales y...

Gretchen se interrumpió de repente, al sonar el estrépito de vidrios rotos. Con sorpresa y cierto sobresalto, se volvieron todos hacia la puerta de la fonda, que acababa de ceder, quebrándose su vidriera emplomada ruidosamente. Ewe, la doncella, lanzó un grito de temor. Fraulein Eissman, salió rápida de la cocina, con sus manos enjabonadas.

—¿Qué es lo que...? —Comenzó la hostelera a murmurar, añadiendo luego un brusco y alterado grito—. ¡Cielos, si es Frau Dietrich...!

Era, realmente, una mujer.

Había caído violentamente dentro de la fonda, tras destrozar los vidrios con el peso de su cuerpo. Yacía ahora boca arriba, jadeante e inmóvil en el suelo del vestíbulo.

Tras una indecisión. Ulrich fue el primero en incorporarse de un salto y correr hacia ella, alarmado. Le siguió Von Falsborg, así como los dos hombres con aire de tratantes.

Ulrich se inclinó junto a la mujer. Contempló su rostro crispado, sus ojos dilatados, su expresión de horror, así como captó sin dificultad su respiración jadeante, entrecortada. Parecía muy enferma.

—¿Que le ocurre, señora? —preguntó con voz ronca, tratando de incorporarla—. ¿Se ha caído, ha sufrido un desvanecimiento acaso, o está usted...?

No siguió. Un ramalazo de horror le sacudió hasta la médula de los huesos. Con expresión incrédula, se quedó contemplando aquella faz convulsa, aquellos estertores de agonía que, dificultosamente, escapaban por entre los labios amoratados de la infortunada mujer. Le ardía la piel, y estaba bañada en sudor, agitada por convulsiones violentas.

La piel del rostro, la de sus manos y brazos, ofrecían la presencia de unas amplias manchas oscuras, salpicando toda la parte visible de epidermis. Los ojos estaban inyectados en sangre. Y la mujer agonizaba.

Lanzó un ronquido horrible, boqueó, y se desplumó sobre un brazo de Ulrich.

—Dios mío, ¿qué significa esto? —oyó gemir a la hostelera.

Ulrich no dijo nada. Alzó la cabeza. Miró a todos los que le rodeaban, y depositó suavemente a la mujer en el suelo. Se irguió, despacio, muy pálido.

—Llamen a un médico, fraulein —pidió a la hostelera—. Ya no podrá hacer nada por ella, porque está muerta.

—¡Muerta! —Gimió Gretchen—. Pero ¿de qué? ¿Por qué ha fallecido esa mujer?

—No soy médico, Gretchen —resopló Ulrich, sombrío, sacudiendo la cabeza—. Pero todos los síntomas de esta mujer parecen indicar algo muy concreto.

—¿Qué, por el amor de Dios? —le exigió la señora Eissman.

—Peste —fue la sorda respuesta de Ulrich Kappel.

CAPITULO III

—¡PESTE!

—Sí. Me temo que sí. ¿Quién aventuró ese diagnóstico?

—Fui yo, doctor —Ulrich dio un paso adelante, ensombrecido el rostro—. ¿Estaba en lo cierto, tal vez?

—Es pronto para aventurar una respuesta rotunda. Habrá que analizar antes, pero... pienso igual que usted en principio —afirmó el doctor Holt, cubriendo de nuevo el cadáver de la infortunada mujer con un mantel blanco.

Reinó un silencio de muerte en el vestíbulo de la fonda. Los huéspedes se miraron entre sí, sobrecogidos. Ewe, la doncella, sollozaba, histérica, en un rincón.

—Pero eso es virtualmente imposible, doctor —protestó la hostelera—. En esta región, las condiciones de higiene y salubridad son perfectas, las ratas han sido virtualmente erradicadas hace ya muchos años... ¿Cómo puede presentarse un caso de peste bubónica en nuestros días, en un lugar como éste?

—No lo sé, señora —confesó el doctor Henness Holt, médico de la población—. Mi obligación consiste en aislar inmediatamente esta zona, examinar el cuerpo, hacer los análisis pertinentes y, si se confirma el diagnóstico, poner en cuarentena todo Falsborg, avisar a las autoridades sanitarias del país, y esperar acontecimientos, procediendo a la vacunación inmediata de todo el mundo.

—Todo eso suena tan lejano, tan anacrónico... —suspiró Ulrich, pensativo —. La peste... La Muerte Negra del pasado... Doctor, ¿es posible que alguien haya traído consigo, el bacilo hasta Falsborg, y haya contagiado a alguien?

—Es una posibilidad, ciertamente —admitió el médico con cautela—. Pero no podemos afirmar ni negar nada todavía, señor. Tenemos las evidencias de la alta temperatura, los sudores, la muerte rápida, las manchas en la piel La peste bubónica ofrece esos síntomas, exactamente. Pero también podría tratarse de otra clase de intoxicación, de una epidemia de cualquier otro tipo. No podemos hacer cálculo alguno, en tanto no aclaremos esta muerte con exactitud absoluta.

—Sí, lo comprendo, doctor —lentamente, Ulrich se apartó de! cadáver. Dio unos pasos hasta reunirse con Gretchen, que temblaba ligeramente, los ojos muy abiertos, fijos en él.

—Ulrich, la peste... —musitó ella—. ¿No sería otra coincidencia más? Recuerda la vieja historia del siglo X...

El joven se estremeció, asintiendo.

—No la he olvidado en ningún momento, amiga mía —confesó con un suspiro——. Algo difícil de imaginar, de todos modos. La peste, en pleno siglo XX, en Alemania... Es como un mal sueño. Un absurdo.

—Usted fue el primero en aventurar ese diagnóstico —le recordó ella.

—Sí. Y no me echo atrás. Tedas las apariencias eran las de una apestada de tiempos pasados. Sé que no es fácil hoy en día la difusión do una epidemia así, y menos en un país de alto nivel higiénico y económico como el mío, pero... Ahí está la terrible evidencia. Yo no tengo por qué ser tan cauteloso como el doctor Holt, para aventurar una afirmación rotunda. Sigo estando seguro: es la peste bubónica, Gretchen.

—Dios mío... —ella inclinó su dorada cabeza de joven valkiria, y Ulrich no pudo por menos de tomar una mano de la muchacha entre las suyas, presionándola afectuosamente. Ella no la retiró. Ulrich notó que su piel estaba fría, como aterida—. ¿Qué es lo que está sucediendo aquí...?

Ulrich no hubiera sabido qué decirle. Quizá por ello no le dijo nada, permaneciendo silencioso, sombrío, la mirada perdida lejos, en un lugar inconcreto. Con su mente ocupada por lúgubres pensamientos que no se atrevía a exponer en voz alta.

Foco después, el doctor Holt se llevaba consigo el cuerpo de la difunta señora Dietrich, para proceder al estudio del mal que le causó la muerte y, naturalmente, a la autopsia del cadáver, como exigían las extrañas circunstancias en que el fallecimiento se había producido.

El juez. Franz Bauer, se presentó en el parador a última hora de la noche, cuando la señora Eissman se disponía ya a cerrar su negocio. Interrogó brevemente a la hostelera. Luego, habló con Ewe y, finalmente, con los huéspedes de la fonda.

Era un hombre severo y cortés, vestido de gris oscuro y con un tono suave para formular sus preguntas. No parecía hacer sino cumplir una rutina, pero Ulrich estuvo seguro de que era una persona astuta y minuciosa, que no pasaba por alto detalle alguno.

—Creo que fue usted el primero que citó la palabra «peste», señor Kappel —dijo inesperadamente a Ulrich, sin mirarle siquiera, mientras tomaba unos apuntes en su agenda.

—Cierto, señor juez —afirmó gravemente el joven.

—¿Por qué afirmó tal casa? Usted no es medico ni estudia medicina, ¿cierto?

—Cierto. Estudio Historia. Voy a doctorarme en esa asignatura.

—Pero aseguró que era peste. ¿Por qué?

—Estuve seguro de ello, apenas vi a la señora Dietrich.

—¿Ha visto usted a alguien padeciendo la peste? —indagó el magistrado, levantando lentamente sus ojos hasta clavarlos en él con cierta frialdad.

—No, nunca.

—¿Entonces...? —dejó en el aire su bolígrafo, esperando respuesta.

—Tal vez tenía muy cercana la lectura del libro que guarda el padre Holstein en la iglesia. Recordé que los afectados por la peste ofrecían los mismos síntomas que la infortunada señora que cayó contra la puerta de la fonda.

—Pero eso sucedió hace diez siglos, señor Kappel. Es mucho tiempo, para

asociar una cosa con otra. La peste bubónica no es nada frecuente en nuestra época.

—Cierto, señor juez. No obstante, asocié ambas cosas.

—Ya —se frotó el mentón, pensativo, mientras hacia otra anotación—. ¿Es usted un turista en Falsborg?

—Sí, señor.

—¿Sólo ha venido por los festejos del lugar, tal vez?

—¡No. He venido a estudiar historia. Preparo algo sobre Falsborg en la Edad Media. Por eso consulté ese volumen que guarda el padre Holstein.

—Entiendo. ¿Todo su interés, por tanto, se basaba en ese libro?

—Una gran parte de él, al menos.

—Yo conozco ese libro, señor Kappel. Sé que habla de un oscuro período de la historia local, de un tirano y de una epidemia de peste. Sé que en él se cita una maldición y todo eso. Pero nunca he creído demasiado en las leyendas ni en las crónicas demasiado viejas. Casi siempre se adultera la realidad, ¿no lo cree usted así? —y los ojos del magistrado seguían fijos en él.

—La mayor parte de las veces, así ocurre. Sin embargo, ese libro parece bastante fidedigno.

—¿Cree usted en las maldiciones que llegan más allá de la tumba?

—Nunca creí en ellas —sonrió Ulrich.

—Eso no responde a mi pregunta exactamente —suspiró el juez—. ¿Cree usted ahora en ellas?

—¿Ha ocurrido algo que deba hacerme cambiar de criterio?

—Sabe muy bien que puede haber ocurrido, sí —sostuvo el juez con repentina severidad. Cerró su libro de apuntes—. Hace justamente mil años de esa vieja historia, leyenda o como quiera llamarla. Y, de repente, aparece de nuevo la peste en Falsborg, si usted y el doctor Holt no están equivocados. Eso significa, tal vez, que hemos retomado al pasado. Que la maldición del Señor de Falsborg, según ese viejo libro, pudo hacerse realidad.

Ulrich se mantuvo en silencio. Meditó unos instantes. Luego, meneó la cabeza de un lado a otro.

—No, señor juez —rechazó—. Mi razón se opone a creer tal cosa.

—La mía también —suspiró el magistrado—. Pero ¿qué sucederá con la gente de esta región si, efectivamente, la señora Dietrich ha muerto de peste bubónica?

Y sin añadir más, el juez fue a interrogar a Gretchen Lang y al impresionante Barón Otmar Von Falsborg, que esperaban su turno.

Cuando el juez se ausentó, ya bien entrada la madrugada, sus palabras a la hostelera fueron audibles para todos los presentes, y no sirvieron para dar alientos ni optimismo a ninguno de ellos:

—Por el momento, será mejor que cierre el establecimiento fraulein, y no deje salir de él a nadie. Si alguien lo intenta o lo consigue, avise inmediatamente al juzgado o a la policía. Nadie puede abandonar Falsborg, en tanto no se aclaren los motivos de la muerte de la señora Dietrich.

Cuando Use Eissman, la hostelera, cerró las puertas y ventanas con los postigos de recia madera, una sensación de aislamiento se extendió por todos los presentes.

—Creo que es una forma de ponernos previamente en cuarentena —juzgó en voz alta el Barón Von Falsborg con voz sorda.

Y Ulrich, tácitamente, estuvo de acuerdo con él.

* * *

No pudo conciliar demasiado bien el sueño aquella noche, pese al cansancio de todo un día de actividad. Ulrich se despertó cuando el sol se iba alzando ya sobre los tejados pintorescos de Falsborg, sorprendiéndose del bullicio que reinaba en las calles.

Se asomó a la ventana, descubriendo infinidad de tenderetes, puestos de objetos pintorescos, típicos recuerdos de la región, telas y trabajos de artesanía, y toda clase de mercancías diversas. Toda la calle, al pie de la fonda, tenía un aire festivo y ferial que le hizo recordar que era ya la víspera de los festejos populares de Falsborg.

Bajó a desayunar, encontrándose el comedor vacío. Ewe le sirvió con una seriedad poco frecuente en ella, aunque no renunció a inclinarse hacia él varias veces, procurando mostrarle la generosidad exuberante de sus macizos pechos.

—¿Los demás han desayunado ya? —preguntó Ulrich.

—Nadie ha bajado aún —suspiró la doncella.

—He visto muy animada la calle, Ewe —fue su comentario.

—Sí. El juez y el alcalde no han podido evitar que los forasteros y los vecinos entren en la población. Pero están muy preocupados. He visto al agente Rutzmayer, y me ha confesado que no saben qué hacer con tanto forastero como invade la ciudad. No se atreven a dar la voz de alarma por si cunde el pánico.

—Eso quiere decir... que se sabe algo sobre las causas de la muerte de la señora Dietrich...

—No sé nada —se encogió Ewe de hombros—. A mí, personalmente, nadie me ha dicho nada, y Rutzmayer no parece saber cosa alguna. Pero el juez hubiera preferido que no fuesen estas fechas. Si se confirma algo epidémico, va a ser muy difícil impedir que todos esos forasteros salgan huyendo, y puedan propagar por ahí el mal.

—Sí, es lo que yo estaba pensando —asintió Ulrich, ceñudo, observando, a través de las vidrieras del comedor, la muchedumbre que se movía arriba y abajo, entre los puestos del mercadillo.

Poco más tarde, el local se llenaba de forasteros que iban a tomar algún refrigerio o, simplemente, a beber enormes jarras de cerveza. El joven se incorporó, saliendo al vestíbulo. Allí se encontró con Gretchen, que bajaba la escalera.

—Estaba preocupado —dijo Ulrich—, ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien.

—¿No desayuna?

—No tengo apetito —confesó ella. Tenía sombras oscuras en torno a sus ojos, que embellecían aún más su tonalidad y brillo—. He descansado mal. Estoy preocupada, temerosa, Ulrich...

—Yo también.

—¿Se sabe ya algo de...?

—No. Nada aún —señaló con un ademán de cabeza hacia !a calle—. Si quiere, salgamos un poco. La feria ha empezado. Las calles están muy animadas hoy. Eso le ayudará a distraer la imaginación, Gretchen.

—Oh, ¿han permitido que empiecen los festejos? Entonces no debe haber peligro alguno... —se esperanzó ella, abriendo sus ojos ampliamente.

—Dios quiera que sea así. Pero si ahora cunde el pánico, esto sería un verdadero desastre. Falsborg debe estar a tope de forasteros.

Salieron al tibio sol matinal. Realmente, resultaba grato confundirse entre gentes de diversa condición, ataviadas con los más variados trajes regionales, entre los multicolores puestos feriales que llenaban ambos lados de la calle, con los tonos alegres de tejidos, frutos, cerámicas y toda clase de objetos de transacción comercial. Unos músicos callejeros, en una esquina, interpretaban piezas tradicionales de la región.

—Parece increíble que en un lugar tan alegre y animado, pueda llegar a suceder nada oscuro y terrible, Ulrich —musitó ella entre dientes, mientras examinaba unas baratijas.

—Aún no sabemos que haya sucedido nada —sonrió él—. Lo de la señora Dietrich pudo ser una enfermedad diferente. Creo que ayer, todos estábamos un poco influenciados por la historia de la Muerte Negra y todo eso...

—¿También el doctor Holt?

—No sabemos aún el resultado del análisis y autopsia realizados por el doctor Holt, Gretchen —la recordó él, risueño.

La joven no replicó. .Momentos más tarde, se detenía en otro puesto y adquiría una pequeña figurilla de cerámica, representando un viejo guerrero medieval. Ulrich se anticipó, pagando al comerciante su precio.

—¿Por qué lo hizo? —se volvió Gretchen a él, sorprendida, mientras guardaba la figurilla recién adquirida.

—Quería que se llevase algo. Un recuerdo de un buen amigo a quien conoció en Alemania. Cuando esté de regreso en su América natal, mirará a esa figurilla, y quizá se acuerde un poco de mí.

—Seguro que será así —suspiró ella, siguiendo la marcha por entre los tenderetes de la feria.

Pasaron por una plazoleta donde se alzaba el Ayuntamiento de la ciudad, el Rathaus de Falsborg. Al lado, estaba el edificio del Juzgado Municipal de la población, e incluso uno puerta pequeña sobre la que se leía: Depósito Judicial. Medicina Forense. Ulrich se estremeció.

Allí estaba el cuerpo de Frau Dietrich ahora. La mujer misteriosamente muerta la noche anterior. El doctor Holt ya debía de saber algo. La incertidumbre era lo que más preocupaba a Ulrich. Hubiera dado algo por saber ya la verdad... fuese ésta cual fuese.

Siguieron adelante. Gretchen no parecía haberse dado cuenta de nada aún, ya que no miró siquiera hacia el depósito de cadáveres. Pero súbitamente, una voz les detuvo:

—Buenos días, mis jóvenes amigos. ¿Paseando por la feria?

Ulrich notó un leve escalofrío reptando por su espina dorsal. Reconoció inmediatamente aquella voz, y estuvo seguro de que no significaba nada bueno. Giró la cabeza, al tiempo que también lo hacía Gretchen. Se quedaron mirando al juez Bauer, erguido ante ellos. Le acompañaba un policía uniformado, de pelo intensamente rojo y largas patillas.

—Oh, buenos días, señor juez —saludó Ulrich con tono cortés—. La señorita Lang y yo estamos intentando distraer un poco nuestra imaginación...

—Es una intención muy loable —asintió el magistrado. Se quedó mirándoles, con aire reflexivo—. ¿Quieren hacerme el favor de venir conmigo un momento? Lamentaré estropear un poco su paseo, pero les voy a entretener lo menos posible, palabra.

—Por supuesto, señor Juez. Estamos a su disposición.

Entraron con él y con el policía en el edificio del juzgado. Reunidos en una pequeña oficina algo destartalada, el juez les rogó que se sentaran. Ulrich presentía que algo importante les había llevado allí. Notó el nerviosismo de Gretchen, sentada a su lado.

—No me dijeron anoche que ustedes dos vinieron a esta ciudad en unas circunstancias algo... raras —comentó el juez Bauer de repente.

Gretchen y él se miraron. Las palabras del magistrado revelaban una mezcla de curiosidad y de astucia.

—¿A qué se refiere, exactamente? —quiso saber Ulrich.

—Usted lo sabe muy bien —sonrió el juez—. Esa beca de la señorita Lang, los descuentos para usted, los folletos de un inexistente organismo turístico local... ¿A qué atribuyen esos misteriosos hechos que han reunido a ambos aquí?

—No lo sé —confesó francamente Ulrich.

—Señor Kappel, yo soy un hombre muy curioso. He examinado ciertos árboles genealógicos y orígenes familiares de gran antigüedad en Falsborg, buscando una razón que justificara todo eso. Creo haberla hallado.

—¿De veras? —Ulrich enarcó las cejas, excitado.

—Usted se llama Ulrich. La señorita, se llama Gretchen. Podría ser una gran casualidad, pero también podría ser otra cosa. Conozco la maldición del Señor de Falsborg, y conozco los orígenes exactos de las familias Lang y Kappel, a lo largo de los siglos.

—¿Qué quiere decir? —el tono de Gretchen era claramente tenso, nervioso.

—Que ustedes dos mis jóvenes amigos, proceden remotamente de Falsborg.

—¡No es posible! —musitó ella.

—Lo es. Por tanto, cabe la posibilidad, algo remota también, de que ustedes sean los descendientes de dos personas. Ulrich y Gretchen, cuyos apellidos se hunden en la oscuridad del tiempo, en ese libro del padre Holstein.

—¿Quiere decir... que Gretchen y yo... podríamos ser... los auténticos descendientes de la pareja que menciona ese libro?

—No hay nada que rechace tal posibilidad. Ya les dije que hubo una familia Kappel en Falsborg hace siglos. Y otra familia Lang también... Ambas de remoto origen a su vez, probablemente del Medievo.

—Es una historia fantástica —rechazó Ulrich— ¿Cómo podría nadie saber eso y atraernos aquí? Además... ¿con qué motivo?

—Igual que lo he averiguado yo en los archivos de la ciudad, pudo averiguarlo cualquier otra persona —sonrió el juez—. En cuanto a los motivos que provocaron esa acción, difícilmente puedo saberlos, puesto que ignoro quién lo hizo. Pero si no existe tal organismo turístico ni tal beca ni descuentos es obvio que alguien paga con su dinero el capricho de tener a ustedes dos estos días en Falsborg. Me gustaría saber las razones y la identidad de su misterioso amigo en esta ciudad.

—¿Cree que quien lo hizo, pensó realmente de un modo amistoso? —dudó Ulrich.

—No lo sé —suspiró el juez— Ustedes no han sufrido daño alguno ...todavía.

—Eso no significa nada, señor juez —Ulrich se puso en pie con energía—. Si al menos supiéramos de qué murió esa mujer anoche.,.

—Oh, ¿se refiere a eso? —el juez movió la cabeza, sin dejar de mirarle—. Me imaginaba que iba a relacionar una cosa con otra. Yo también lo hice.

—¿Se sabe ya algo? ¿Ha averiguado el doctor Holt de qué falleció?

—Sí, amigo mío —murmuró el magistrado lentamente—. Sus sospechas, por desgracia, eran ciertas. La señora Dietrich murió de peste.

—Peste! —palideció horriblemente Ulrich.

—Eso es. Peste bubónica, al parecer. Y coincide con su presencia aquí. La de ustedes dos. Es demasiado para ser casual, y ambos lo saben Por tanto, yo creo que NO tiene nada de casual. Por la razón que sea la maldición del Señor de Falsborg, lanzada hace mil años, empieza a cumplirse inexorablemente...

CAPITULO IV

A media tarde, llegaron los primeros helicópteros de Sanidad.

El cuerpo médico especializado, así como un equipo de inmunología contra epidemias, se hizo cargo inmediato de la situación en Falsborg.

Era preciso a toda costa evitar el pánico, y se llevó a cabo de un modo cauteloso y discreto. Se instalaron en el Ayuntamiento unos laboratorios de emergencia, y comenzó el estudio del bacilo que había causado la muerte a la señora Dietrich, mientras la policía local, al mando del sargento Rutzmayer, que era el hombre pelirrojo de largas patillas, se ocupaba de situar estratégicamente sus hombres en los puntos de entrada y salida de la ciudad, a la espera de cualquier posible contingencia.

De momento, sólo un reducido número de personas, aparte las autoridades y personal oficial de la ciudad, conocía la presencia del terrible mal. Esas personas eran Ulrich y Gretchen, así como la señora Eissman, la hostelera; Ewe, la doncella, y el Barón Von Falsborg. Todos ellos habían dado solemne promesa de no repetir a nadie una sola palabra de lo que sabían. Era vital, para evitar un caos, que toda la ciudad y sus numerosos forasteros ignorasen la presencia del bacilo de la bubónica en Falsborg.

—Sé que el juez, el alcalde y el sargento Rutzmayer, como jefe de la policía local, están reunidos permanentemente en el Ayuntamiento, junto con el doctor Holt. Los médicos de la capital están en el ambulatorio especial, preparando dosis masivas de vacunación y todo lo demás. De un momento a otro, no habrá más remedio que aplicar la vacuna masivamente, pero sé que van a disfrazar las cosas cuanto puedan. Hablarán de una posible epidemia de polio o de meningitis, para vacunar a todo el mundo con un cierto orden. Espero que resulte todo bien.

—Sí, eso debemos esperar todos —Ulrich meneó la cabeza—. Sólo un comentario indiscreto sería la chispa que prendiera la mecha. La gente siempre ha sentido un terror ciego a la peste bubónica. Creo que nuestra civilización actual no nos ha hecho más inmunes al miedo hacía esa enfermedad.

—Pero los medios actuales son muchos —apuntó Von Falsborg, pensativo, paseando su impresionante humanidad por el amplio comedor del parador—. Las autoridades pueden luchar con una medicación oportuna, con equipos sanitarios modernísimos y eficaces...

—Todo eso no impedirla que el pánico hiciera presa en la multitud —apuntó Ulrich, pesimista—. He visto también a un equipo de exterminio raticida, enviado desde la capital en un helicóptero. Estaban buscando roedores para aniquilarles con la mayor discreción pasible.

—Pero si alguien lleva ya consigo el bacilo de! mal, eso servirá de bien poco —señaló Gretchen.

—Ya les dije que apenas si había ratas en esta ciudad —comentó con tono

escéptico la señora Eissman—. No logro entender lo que ocurre.

—Yo tampoco —confesó bruscamente Ulrich, yendo a uno de los ventanales del comedor, y contemplando pensativo el bullicioso exterior—. Esto no tiene sentido.

—Pero está ocurriendo, señor Kappel —apuntó con aspereza Von Falsborg.

—Sí, pero ¿cómo y por qué? —Se irritó Ulrich, volviéndose violentamente hacia el Barón, que le miró con cierto gesto de extrañeza—. Es como si todo estuviera previsto, calculado... dispuesto por... por alguien para que sucediera así.

—¿Qué es lo que dice? —Se extrañó Von Falsborg, arrugando el ceño—. ¿Acaso nadie puede controlar las actividades de las ratas, señor Kappel? Sus palabras resultan absurdas...

—¿Absurdas? —Repitió con sarcasmo Ulrich la palabra—. Ya veremos, Barón Von Falsborg, ya veremos...

La puerta de la fonda se abrió en ese momento. Todos giraron la cabeza, con un cierto sobresalto. No era ningún forastero que pudiera sorprender sus comentarios. Era el doctor Holt. Y venía acompañado de dos hombres a quienes nadie conocía allí.

—Son enfermeros especializados —dijo al entrar—. No teman nada. Pueden hablar con tranquilidad. Ellos están al corriente de todo. Venimos a vacunarles a todos ustedes.

—¿Ya comenzó la campaña? —la pregunta era de Ilse Eissman, la hostelera.

—Sí, ya comenzó —había una cierta nota de tristeza en la voz del doctor Holt—. Esperemos que dé resultados...

—¿Por qué dice eso? Supongo que existen vacunas eficaces contra la peste bubónica...

—Al menos, hasta ahora así lo hemos creído —dijo uno de los enfermeros especiales, con tono sombrío.

—¿Qué significa eso? —Saltó vivamente Ulrich—. ¿Qué quieren decir ustedes con esas palabras, doctor Holt?

—No lo sé, señor Kappel. Hay en todo esto algo que se me escapa, que no logro entender. Y lo malo es que tampoco lo entienden los médicos y sanitarios especializados que vinieron de la capital...

—¿A qué se refiere, doctor? —tronó la voz de Von Falsborg.

—Hemos vacunado ya a un reducido número de personas, funcionarios del Ayuntamiento y de los juzgados, con el pretexto de una epidemia de polio. Pero...

—Pero... ¿qué? —la voz de Ulrich era casi un murmullo.

—Inexplicablemente... la mitad de esas personas vacunadas... sufre ya la epidemia y han sido urgentemente hospitalizadas. Todos ellos... víctimas de la peste. La vacuna no logró absolutamente nada, señores...

* * *

El dramático silencio continuaba, tras ausentarse el doctor Holt con sus dos ayudantes especializados.

Ulrich se vestía lentamente, después de haberle sido aplicada la vacuna. Giró la cabeza.

Gretchen estaba aproximándose, pálida y preocupada.

—Ulrich, ¿qué está ocurriendo aquí? —gimió.

—No lo sé —confesó él abruptamente—. Algo que no entendemos ninguno. Las vacunas no sirven, al parecer, de gran cosa. Se aplican como medida elemental, y nada más.

—Podemos contagiarnos de cualquier modo...

—Eso parece. La Medicina fracasa esta vez. Ellos no lo comprenden. Yo, tampoco. Pero me temía algo así.

—¿Lo... lo temía? —balbuceó Gretchen, sentándose junto a él, desolada.

—Sí. Era una corazonada, un presentimiento tan sólo. Pero estaba seguro de que ocurriría así. Esta no es una peste vulgar. No es una epidemia más.

—¿Qué puede ser, entonces? —gimió ella.

—Si lo supiera... —giró la cabeza. El teléfono sonaba con insistencia en el vestíbulo. Nadie lo recogía. Fue Ulrich a recepción y descolgó—. ¿Sí? Soy Ulrich Kappel, sí. Claro que le reconozco, juez. ¿Alguna novedad?... Sí, entiendo... Entiendo. Gracias... por el informe.

Colgó. Lentamente, regresó junto a la joven. Gretchen le miraba profundamente, con sus azules pupilas muy dilatadas y un gesto de temor en su bello rostro.

—¿Sucede algo, Ulrich? —quiso saber.

—Sí. Acaban de fallecer tres afectados. Todos habían sido vacunados y no mostraban señales de enfermedad antes de la vacuna... Han ingresado veinte apestados más. Muchos de ellos gravísimos. La peste es particularmente virulenta, causa la muerte en pocas horas. Sin remedio, Gretchen...

—¡Dios mío! —Estremecida, ella ocultó el rostro entre las manos—. ¿Qué va a ser de todos nosotros?

—No lo sé. El juez está asustado. Van a pedir ayuda al Gobierno Federal. Necesitarán soldados y policía especial si quieren aislar en cuarentena la ciudad de Falsborg. También pedirán otro envío sanitario urgente, con los máximos recursos... Se teme que esta noche, inevitablemente, se declare oficialmente en Falsborg la existencia de la peste... con todas sus consecuencias.

Gretchen no supo qué decir. Como anonadada, reposaba en el asiento, la mirada perdida en el vacío, el rostro agitado por convulsiones histéricas.

Súbitamente, en la calle, empezaron a sonar gritos agudos. Empellones y carreras comenzaron por doquier. Ulrich, rápido, fue al ventanal. Un grupo de mujeres y hombres casi se fueron contra él, al huir despavoridos, calle abajo. Era tal la repentina confusión callejera, que tenderetes y mercancías rodaban

por los suelos, estrepitosamente, en medio de grandes destrozos. Los comerciantes feriales eran los primeros en escapar, aterrorizados, dejando abandonados sus pequeños negocios, sin importarles que todo se rompiera y pisoteara. Incluso billetes y monedas rodaban por la calle, siendo pisoteados sin que nadie se inclinara a recogerlos.

Era el pánico.

Un pánico loco, desesperado, alucinante. Capaz de arrollarlo todo.

—Ulrich... ¿Qué ocurre ahora? —sollozó Gretchen, irguiéndose.

El no contestó. La gente lo hizo por él, con alaridos angustiosos, desde la calle en conmoción:

—¡La peste! ¡Es la peste!

—¡Hay que escapar! ¡Moriremos todos apestados!

—¡Ha vuelto la Muerte Negra a Falsborg! ¡Es la peste bubónica!

—¡La maldición! ¡La maldición del tirano de Falsborg se hace realidad! ¡Se han cumplido mil años, y la peste regresa para matamos a todos...!

Era un clamor. Los rostros, máscaras lívidas de terror y angustia ilimitados. Los agentes de Rutzmayer y los sanitarios de la capital, no podían hacer nada por contener aquel alud.

Ellos mismos eran arrollados, y la multitud que poco antes llenaba de alegría y bullicio las calles de la población, ahora se dispersaba, se derramaba en una carrera incontenible y aterrorizada, por las afueras de Falsborg, sin control posible, acaso diseminando por doquier la aterradora epidemia.

—Se han enterado ya... —musitó Ulrich, trémulo, sobrecogido, apoyando su frente febril en el cristal, la mirada perdida en el caótico espectáculo de la calle, ahora desierta, alfombrada de objetos rotos, de telas pisoteadas, de tenderetes volcados, de monedas y billetes olvidados—. Se han enterado... y ha comenzado el éxodo. Ya nadie puede controlar esto...

—Lo que yo me pregunto, Ulrich... es cómo se han enterado... —musitó con tono de horror la joven Gretchen.

* * *

—Sí, eso es cierto. ¿Cómo pudieron enterarse?

—¿No han sabido de alguna defunción, no hubo una filtración, una imprudencia?

—No, señor Kappel. Nada de eso. Era el secreto más celosamente guardado que pueda imaginarse —negó rotundo el juez Bauer—. Es esto lo que provocó el pánico. ¿Va entendiendo ahora?

Y la mano crispada del magistrado, puso ante los ojos atónitos de Ulrich, un papel con huellas de haber sido claveteado en alguna parte. Sobre el papel, con grandes caracteres rojos, trazados coa rotulador de gruesa punta, se leían unas terribles palabras:

HAY UNA EPIDEMIA DE PESTE BUBONICA EN FALSBORG. LAS AUTORIDADES QUIEREN OCULTARLO.

PERO HAY YA VARIAS DEFUNCIONES. Y LA EPIDEMIA SE EXTIENDE. TODOS DEBEMOS HUIR DE ESTE LUGAR MALDITO, ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE.

¡LA PESTE NOS AMENAZA A TODOS! Y ES SOLO CUESTION DE HORAS.

—¿Dónde... dónde encontró eso? —susurró Ulrich, impresionado.

—Alguien lo clavó en el tablón de anuncios del Ayuntamiento —explicó el juez con voz temblorosa de ira—. Fue como una llama. El polvorín estalló en seguida. Los forasteros, en su mayoría, son lugareños supersticiosos, que conocen la leyenda. No necesitaban mucho más para escapar arrollándolo todo.

—De modo que alguien quiere provocar el pánico...

—Y lo ha logrado, ciertamente.

—Alguien que sabía lo que está sucediendo con toda exactitud. Y no somos muchos los que conocíamos esos detalles, señor juez.

—No, no muchos... a menos que alguien cometiera una imprudencia y hablara de más donde no debía.

—¿Qué se puede ganar con informar a la gente y causar el caos? —sugirió con voz anegada Gretchen.

—Eso quisiera yo saber —respondió el magistrado gravemente.

—Miedo. Terror —señaló Ulrich.

—¿Eh? —el juez Bauer se volvió hacia él.

—Ésos han sido los resultados inmediatos. La gente se asustó. Empezó la desbandada. Los forasteros han huido. Pero ¿qué ocurrirá con los habitantes de la localidad?

—Estamos controlando eso. No se les permite salir. Hay refuerzos policiales en camino para bloquear la zona. También vienen médicos y expertos en epidemiología. Es una situación de emergencia. No podemos dejar que la gente abandone Falsborg y extienda por ahí la enfermedad. Hay que evitarlo por todos los medios. La persona que escribió este pasquín, cometió un mal irreparable.

—Lo sabía cuando lo hizo —Ulrich estudió las grandes letras en rotulador rojo—. En realidad, ése parece ser el objetivo primordial de alguien en Falsborg.

—¿Qué objetivo? —se Interesó el sargento Rutzmayer, de la policía local.

—El miedo. El pánico total. Desde un principio se ha buscado eso, estoy seguro. Juez Bauer, recuerde los detalles: el falso organismo turístico, la beca de la señorita Lang, los descuentos inexplicables, los folletos... Luego, la aparición de la epidemia. Y. finalmente, este mensaje de terror.

—Pero ¿a quién puede beneficiar todo eso? —se exasperó el juez.

—Si hiciera esa pregunta al padre Holstein, tendría una respuesta concreta —sonrió tristemente Ulrich.

—¿Cuál?

—El Diablo.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto. Para él existe el espíritu del Mal aquí, en Falsborg. Fue el primero en advertirnos de la falsedad de las circunstancias que nos habían traído aquí a Gretchen Lang y a mí. No cree en una forma de maldad estrictamente humana, sino en algo diabólico, en un poder demoníaco.

—Y usted... ¿qué cree?

—No lo sé —confesó Ulrich, exasperado—. No sé qué pensar. Quisiera admitir que, realmente, la maldición del Señor de Falsborg, muerto hace mil años, se ha cumplido hoy en día. Pero mi razón se resiste a aceptar tal cosa. Y, sin embargo, ¿qué otra explicación cabe en estas circunstancias? ¿Qué persona normal puede beneficiarse en algo con la muerte y el terror como armas? ¿Qué ser humano sería capaz de controlar a voluntad una epidemia de peste bubónica?

—Me gustaría tener respuesta para esos interrogantes, señor Kappel, pero se da la circunstancia de que hemos obtenido algunos ejemplares de ratas en los sótanos y bodegas de Falsborg, y el doctor Holt y un equipo de expertos de la capital están procediendo a analizarlas de forma exhaustiva, en busca de las pulgas de transmiten el bacilo de la peste bubónica. ¿Y han encontrado algo?

—De momento, nada en absoluto. Las ratas parecen limpias. El doctor Holt no cree — que lleven sobre sí bacilo alguno.

—Pero usted sabe que eso no es posible —argumentó Ulrich, mirando fijamente al magistrado—. Si hay peste bubónica, tiene que haber un bacilo. Y éste se propaga siempre a través de las pulgas de las ratas.

El juez iba a responder algo, cuando se abrió nuevamente la puerta del Rittkuche Hof.

Todos se volvieron, con un leve sobresalto.

Era el doctor Holt. Venía pálido y excitado. Traía algo en su mano, un papel que agitaba con expresión frenética. Se dirigió en línea recta hacia el juez Bauer, a quien llamó aparte con gestos nerviosos. Ambos hombres hablaron entre sí, en voz baja.

Tras unos momentos de charla excitada, el juez se volvió. Hizo un ademán a Ulrich, para que se aproximara. El joven obedeció, reuniéndose con ellos.

—¿Ocurre algo? —indagó.

—¿Si ocurre? —El juez le entregó el papel que acababa de darle el doctor Holt—. Creo que a usted le interesará saberlo. Desde un principio ha parecido darse más cuenta que nadie de que algo insólito y fuera de lo normal ocurría en esta ciudad, señor Kappel. Por ello quiero que sea el primero en saber que, realmente, algo fantástico e increíble nos rodea en estos momentos.

—Me alarma usted... —Ulrich tomó el papel, sin atreverse a mirarlo.

—Ese escrito es el resultado del análisis de las ratas capturadas y el estudio de los pacientes fallecidos, así como de la ineficacia de las vacunas utilizadas hasta ahora. Vea, por favor, las conclusiones finales. .

Ulrich clavó sus ojos en el documento. Abajo, en las últimas líneas, aparecían las frases, sencillas y terribles a la vez, resultado de las investigaciones médicas llevadas a cabo en las últimas horas:

> LAS RATAS NO OFRECEN SEÑAL ALGUNA DE SER PORTADORAS DEL BACILO DE LA PESTE BUBONICA NI DE ENFERMEDAD EPIDEMICA ALGUNA.
>
> LOS ANALISIS DAN UN RESULTADO NEGATIVO EN TODOS LOS PUNTOS. LA EPIDEMIA NO ES PESTE BUBONICA. SINO UNA PESTE SIMILAR, DE ORIGEN Y NATURALEZA DISTINTAS, Y CONTRA LA QUE NO EXISTE VACUNA NI ANTIDOTO CONOCIDO.

El papel casi escapó de sus dedos. Sobrecogido, alzó en silencio. Pálido, sudoroso, el doctor Holt meneó afirma— la cabeza Miró a los dos hombres, que le contemplaban en silencio. Pálido, sudoroso, el doctor Holt meneó afirmativamente la cabeza. El juez Bauer se limitó a pronunciar unas pocas palabras en un susurro:

—Lo que usted lee ahí, es lo cierto, señor Kappel. Son resultados obtenidos con un moderno y completísimo equipo de análisis y por unos expertos en epidemiología... No hay lugar al error.

—Pero entonces, si *NO ES* la peste bubónica, doctor Holt... ¿qué es? —Jadeó el joven Ulrich—. ¿Qué es, exactamente?

—Eso, no lo sé —resopló el médico local—. Nadie lo sabe. Lo único cierto es que en la última hora han muerto diez pacientes más... y la mortandad prosigue, así como los casos de afectados por el mal. Ya no damos abasto en el hospital ni en el Ayuntamiento, y tendremos que habilitar nuevos puestos de hospitalización de emergencia... Hemos enviado un mensaje de máxima urgencia al

Gobierno y al Ministerio de Sanidad. Esperamos respuesta inmediata... Pero, desgraciadamente, ni siquiera en los más avanzados centros de inmunología poseen antídoto alguno contra esta clase de peste desconocida... ¿Sabe lo que eso significa?

Ulrich asintió gravemente. Su rostro estaba ensombrecido. Claro que lo sabía. Lo manifestó en muy pocas palabras:

—Sí. La muerte... para todos.

CAPITULO V

—La muerte...

—Eso es lo que dije, sí. En realidad, es lo que nos espera

—Pero tiene que haber un remedio. Esto no es la Edad Media. Ulrich...

—Cierto, Gretchen. Pero esa peste... tampoco es la bubónica. No es la que todos conocieron entonces y luego fue vencida por la medicina. Las vacunas no sirven. Los remedios curativos, tampoco. La apariencia del mal es rápida y mortal. No hay remedio posible. Es la conclusión a que han llegado químicos, biólogos y médicos llegados de la capital. La alarma ha sido dada ya en toda la región, y en las tierras limítrofes también. En realidad, toda Alemania se halla ahora en estado de auténtica emergencia.

—¿Hay alguna esperanza inmediata? —musitó ella, angustiada.

—Ninguna —Ulrich negó lentamente con la cabeza—. Virtualmente ninguna, seamos realistas. Es como enfrentarse al cáncer o al infarto. La Medicina tardará años, quizás siglos en resolver ambos problemas. Si esta peste se ha iniciado ahora... ¿cuánto puede tardarse en descubrir su verdadera naturaleza?

—Dios mío... —Gretchen inclinó la cabeza, ocultando su bello rostro entre ambas manos—. Es... es como una maldición. Ulrich.

—Una maldición... —él asintió, grave su gesto, sombría la expresión de su enérgico semblante. Parecía un Sigfrido arte la derrota Irremisible, un héroe ante la fatalidad del fracaso—. Si, tal vez lo sea... No sé, Gretchen. No quiero creer en el Diablo ni en los poderes del Infierno, pero hay algo siniestro y horrible en todo esto. Es como si, realmente, el espíritu maligno del señor de Falsborg estuviera entre nosotros, surgiendo de la tumba y del pasado para cumplir a mil años de distancia su horrible promesa de otros tiempos. Pero no quiero ni debo admitir que las cosas tengan una explicación tan fuera de este mundo y de lo normal.

—¿Aun insistes en ver la lógica de las cosas? —se quejo Gretchen amargamente—. Ulrich, entiéndelo Tú y yo estamos aquí, convocados por alguien. Ambos podemos descender de los héroes de aquel antiguo romance del libro que guarda el padre Holstein... Luego, ha surgido la peste. Eso no puede ser casual. No puede tener una explicación razonable. En todo ello existe un algo que no pertenece a este mundo... y tú lo sabes.

Ulrich la miró, sin saber que decir. Aquella joven americana y él habían ido intimando insensiblemente, y más aun en las horas desesperadas que se iniciaron con el brote de peste en Falsborg.

Ahora, enfrentados todos ellos al misterio alucinante de una epidemia que no respondía a los medios habituales de erradicación, todavía notaba Ulrich que su relación con la joven turista llegada de los Estados Unidos Iba haciéndose más estrecha y sólida, mas fuerte y entrañable. Tal vez el peligro común, el espectro negro y terrorífico de la peste, erguido ante ellos como una

gigantesca maldición del pasado, era la causa de que su unión fuese cada vez más fuerte y decidida.

—Sea como sea, creo que es preciso buscar la posible causa de todo ello. Y sólo hay un sitio donde se puede buscar algo, si ello existe, Gretchen —dijo el joven con expresión resuelta.

—¿Dónde? —le miró ella, sorprendida y algo inquieta.

—Primero, en la iglesia del padre Holstein. Después... en las ruinas del viejo castillo y el desaparecido pueblo de Falsborg que crecía a su abrigo.

—Allí... —se estremeció ella— ¿crees que será prudente aproximarse a esa parte que todos consideran maldita?

—Me extraña que tú, una joven llegada de un mundo nuevo y sin supersticiones, piense así —sonrió Ulrich, con cierta ironía—, Pero en efecto: iré allí aunque no sea prudente hacerlo. Si realmente, existe esa maldición, y la peste ha llegado por razones que no son de este mundo, debemos enfrentamos con ese horror, sea donde sea. En su propio terreno, preferiblemente, Y allá voy, ocurra lo que ocurra. Cualquier cosa es mejor que esta incertidumbre, que estas dudas tremendas que nos asaltan, Gretchen.

Ulrich se dispuso a salir de la fonda de fraulein Eissman, cuando ella le tomó por un brazo y le retuvo. El se volvió, sorprendido.

—Ulrich —musitó Gretchen.

—¿Sí? —indagó él.

—¿Podría... ir contigo?

—¿Te atreverías?

—Si —apretó sus labios con firmeza—. Estoy decidida. Como tú dices, cualquier cosa es mejor que dudar o ignorar... No tengo miedo a las maldiciones. Ni a las amenazas que surgen de la tumba.

—Está bien —sonrió Ulrich, alentador—. Vamos.

* * *

El padre Holstein movió lentamente la cabeza. Su mirada vagaba en la distancia allá en las viejas y renegridas ruinas de las torres almenadas del castillo de Falsborg, simple recuerdo de unos tiempos oscuros y tiránicos para las gentes del lugar. Al pie del promontorio, solamente árboles y matorrales, sin ningún vestigio de morada o choza.

—Allí estuvo el antiguo pueblo de Falsborg —suspiro el sacerdote con voz cansada y triste—. Eran otros tiempos. Hace mil años de ello. Luego, el abandono, el fuego purificador donde ardieron chozas y cadáveres de apestados lo borró todo. Nunca nadie volvió a edificar allí, a la sombra del siniestro castillo de Wolfgang Max Falsborg. Ha sido siempre tierra maldita, y así la considera la gente incluso en nuestros días. Claro que aquí se tiene una mentalidad algo lugareña, y eso en la gran ciudad no se acaba de comprender, pero...

Dejó la frase en el aire. A su lado, Ulrich estudió la región, desolada y

triste, con el remate sombrío de aquellos muros de vieja piedra ruinosa en lo alto de la loma.

—La leyenda habla de la Peste Negra y de su mortandad. Pero un hombre, un alquimista de entonces, halló el modo de inmunizar a nuestros antepasados, ¿no es cierto, padre?

—Realmente, sí. Es muy cierto, según ese libro. Pero los tiempos cambian. Mil años es mucho tiempo. Lo que entonces logró Luther Heinz con su alquimia, es probable que hoy en día no tenga ningún valor.

—Aun así, me gustaría saber si hay alguna forma de llegar a saber qué clase de milagro logró entonces con su brebaje... y si existe un medio real de luchar contra las fuerzas de la oscuridad, contra una maldición satánica, si es que ésta es posible...

—Todo lo que significa maldad, es siempre posible, por desgracia —susurró con amargura el religioso, moviendo tristemente la cabeza—. Yo sólo veo un modo de luchar contra el Mal, y ese modo es la fe.

—¿La fe?

—Sí —se volvió lentamente. Miró a ambos jóvenes con una especial ternura en su mirada, en su gesto—. Fe en Dios, fe en que el Bien pueda enfrentarse victorioso al Mal, por difíciles que parezcan las cosas. Cuando el hombre se da cuenta puede enfrentarse a los poderes de la oscuridad...

—Padre Holstein, creo que mi fe no basta —suspiró Ulrich—, Necesitaré algo más que esa fe para intentar algo... si es que pueda intentarse.

—Siempre se debe luchar, hijo. Cualquier cosa menos darse por vencido y morir.

—Lo sé, padre —Ulrich miró a Gretchen—. Quédate aquí, en la iglesia, con el padre Holstein, te lo ruego.

—Y tú... ¿adónde vas? —musitó ella, preocupada.

—Al viejo castillo. Al lugar donde se alzó el antiguo pueblo de Falsborg —dijo Ulrich, echando a andar hacia la salida del viejo templo—. Tengo que ir allí.

—¿A qué?—se angustió la joven.

—Si lo supiera... —Ulrich se encogió de hombros—. Sí que tengo algo que buscar. Algo que encontrar. Tal vez jamás dé con ello. Ni siquiera habrá existido, posiblemente. Pero debo intentarlo.

—Pero ¿qué buscas, exactamente?

—Algo que el instinto me dice que puede estar ahí, esperando durante mil años, como ha esperado la maldición del Señor de Falsborg para desencadenarse sobre estos lugares. Si una influencia maléfica nos ha traído a ambos aquí para revivir el horror del pasado, Gretchen, tal vez otra fuerza benéfica nos permita luchar contra todo eso y salvar vidas humanas, alejar de aquí para siempre a ¡os espíritus tenebrosos del Mal.

—Ulrich, ten cuidado... Tengo miedo.

—¿Crees que yo no lo tengo? —Sonrió Ulrich serenamente—, pero hay que hacerlo. Gretchen. Hay que hacerlo todo... menos rendirse sin luchar,

como dijo el padre Holstein. Sólo confío en Dios.

—Que El te ayude y te ilumine, hijo —suspiró el religioso, impartiéndole su bendición—. Ve en buena hora., y que el Señor vaya contigo en este trance donde puede haber tantas cosas en juego..., cosas como la vida y la muerte, como la fe y la desesperación, como el Bien y el Mal, tal y como ha ocurrido siempre, desde el principio del tiempo.

Ulrich se alejó hacia las tierras malditas con mil años de olvido, de terrores y de abandono. Tierras resecas, olvidadas, calcinadas, donde sólo crecían matojos silvestres y hierbajos salvajes, donde aún parecía estar la huella maldita de los tiempos del odio, la muerte y la tiranía, a la sombra del tétrico castillo del señor feudal que practicaba ritos satánicos y se entregaba a la gula y la lujuria, mientras su pueblo moría de hambre, de enfermedades, de miseria y de peste, esquilmados a tributos y malos tratos...

Gretchen exhaló un suspiro y se apoyó en el sacerdote, como buscando protección en él. El viejo religioso la acarició suavemente los dorados cabellos y susurró, mientras sus ojos fatigados veían alejarse al joven hacia las tierras malditas:

—No temas, hija. Yo soy ya viejo, pero Dios a veces me permite ver algo que a los demás parece estarles vedado. Ese joven cambiará las cosas, lo sé. El será el que frene y venza al Mal. Tuve ese presentimiento desde que le vi llegar y abrir el libro de las leyendas... El Mal está aquí, entre nosotros, hija mía. Y él es el único a quien Dios ha elegido para combatirlo... Lo presiento. Lo sé...

CAPITULO VI

Ulrich contempló largamente las negras piedras, los blasones gastados por el tiempo las ruinas que le rodeaban, en un silencio total, sólo de vez en cuando por el gemido del aire seco entre las rendijas de los negruzcos y viejos pilares. Arcos incompletos, almenas rotas y fosos secos, patio de armas vacío, caballerizas sin ruidos ni vida, pasadizos y salones ya eternamente muertos, cisternas y puentes olvidados, formaban aquel amasijo informe que un día fuera castillo inexpugnable del endemoniado Señor de Falsborg.

Deambuló por todo ello con aire abstraído, ausente. Evocaba cada momento, cada episodio de la vieja y sangrienta historia medieval, hecha de sangre y de odios, de vicios y de muerte, de terror y de heroísmo. Pero en todo ello no entraba solución alguna, no veía posibilidad de victoria contra el terror negro de la peste misteriosa y desconocida.

Salió del castillo, descendiendo lentamente hacia el lugar llano donde se alzaba el poblado medieval, a la ribera de un estrecho arroyo de donde, sin duda, en el remoto pasado, las mujeres obtenían el agua para sus condimentos y aseo. Hasta que la plaga negra lo asoló todo, contaminó las aguas con las ratas muertas, llenas de pulgas portadoras del bacilo, y la muerte se extendió sobre la región.

De las viejas chozas y la vida lejana, ni un recuerdo. Eran tierras sin cultivar ni habitar, lugares de donde la gente huía, amedrentada. Como un sitio maldito desde que muriera aquella trágica noche el Señor de Falsborg, ante el altar erigido a su satánico culto.

Ulrich caminó en varias direcciones sin resultado alguno. Al final, se dejó caer en unas negruzcas piedras, fatigado. La tarde se ponía con rapidez. Oscuras sombras azules iban dominando el paisaje, que cobraba allí unos matices siniestros y extraños, distintos al resto de la región.

Alzó la cabeza, mientras su pie jugueteaba en la tierra removida, levantando piedrecillas y tallos de hierbajos. De repente, la sombra se solidificó a su espalda, como si las alas de un enorme murciélago se abatieran sobre él súbitamente.

Se volvió, sobresaltado. Un amplio gabán negro, sin abotonar, recordaba el flotante vuelo de una gran capa. Por encima, como flotando en la tarde sombría, el rostro hermético, anguloso y peculiar de Otmar Von Falsborg, con sus facciones halconadas e impenetrables.

—¿Qué hace usted aquí? —murmuró Ulrich, dominando un estremecimiento.

—Tal vez igual que usted —rió el descendiente de los señores de la región —. A fin de cuentas, creo que uno es libre de pasear, y más aún en sus propias tierras familiares. ¿No le parece razonable encontrarme aquí?

—Sí. Pero no es frecuente que vengan aquí los paseantes. Es una tierra maldita, ¿no lo sabía?

—Bah, tonterías. No creo en maldiciones. ¿Usted si? ¿Siente miedo, acaso?

—Sólo tengo miedo a algo: la peste. ¿Cómo siguen las cosas en Falsborg?

—Peor que nunca. Pero seguramente algo mejor que en las próximas horas. Es horrible, Kappel. Horrible. Muertes, nuevos casos, terror por todas partes... La población está aterrada, desesperada...

—¿Y usted se ha arriesgado a salir, en tal situación? —le miró fijamente Ulrich con expresión sombría.

—¿Qué puede importar ya eso? —se encogió de hombros Otmar Von Falsborg—. Después de todo, estas cosas se extienden como una mancha de aceite. Lo cubren todo. He dado mi palabra de honor al juez Bauer de que no abandonaría la región bajo ningún pretexto. Y yo cumplo siempre mi palabra. Tanto da sufrir el contagio aquí como en el propio pueblo. ¿No ha hecho usted lo mismo, a fin de cuentas?

—Yo tengo un motivo —dijo Ulrich, pensativo.

—¿Un motivo? —Pestañeó su interlocutor—. Temo no entenderle...

—No sé si voy en pos de una realidad o de un simple sueño. Pero no puedo olvidar que, en otros tiempos, un hombre singular halló el remedio contra la peste.

—Creo entenderle ahora. Era otra cosa, amigo mío. Una peste diferente. Y tal vez todo sea simple leyenda. Quizás el alquimista Heinz jamás encontró realmente ese antídoto... ¿No se refería a eso?

—Sí —suspiró Ulrich—, pero como usted dice, era otro tiempo... y quizás eso no llegó nunca a existir. Vamos, yo también regreso a Falsborg, pero antes pasaré por la vieja abadía, donde ahora mora el padre Holstein. El habló de tener fe. De que sólo Dios podría ayudarnos. Pero dudo mucho que en estos momentos pueda uno confiar en un milagro...

Se puso en pie, dominando su decepción, su disgusto, y dio una patada a unas piedras que antes había estado removiendo con la punta del pie, distraídamente.

—¡Mire! —exclamó Otmar Von Falsborg, sorprendido, señalando al suelo.

Ulrich miró en esa dirección, intrigado. Su corazón le dio un vuelco. Sintió algo sobrecogedor dentro de sí.

Emergiendo de la tierra y de los hierbajos, bajo aquellas piedras que había desplazado, asomaba algo. La vieja, polvorienta y casi irreconocible forma de un frasco de oscuro vidrio verde taponado con un lacre oscurecido por los siglos...

—¡Cielos! —jadeó, palideciendo—. Después de todo... tal vez, sea un milagro.

Y se inclinó, removiendo febrilmente la tierra con sus dedos. El descendiente de los señores feudales de Falsborg, se inclinó a su lado. Le ayudó en la tarea, cuidadosamente.

Pronto asomaron los golletes de dos antiquísimos frascos herméticamente cerrados.

Uno, era rojo. El otro, verde.

Ambos contenían un líquido de desconocida naturaleza. Con sus manos temblorosas, con el máximo cuidado, Ulrich alzó aquellos frascos en el aire. Los contempló, casi con religioso respeto.

—¿Los ve, Von Falsborg? —musitó—. Son como un mensaje del pasado. La última esperanza para todos...

—El bacilo de la Peste Negra, en ese frasco rojo... —dijo el otro, impresionado—. Y el antídoto, el remedio... en el frasco verde. ¿Servirá también esta vez, Kappel?

—No lo sé. Pero si Dios los ha puesto ante nosotros... tienen que servir... Esa es mi gran esperanza...

* * *

La ciudad era como un desierto.

Solamente las ambulancias, los médicos, los enfermeros llegados de otras ciudades de Alemania, la recorrían en todas direcciones, conduciendo pacientes enfermos o ya fallecidos. Muchas casas mostraban en sus puertas el negro crespón de la muerte.

Grandes tablones con letras rojas avisaban en los accesos a Falsborg:

NO PASAR. ZONA APESTADA

Hombres armados, muchos de ellos llegados de la capital, montaban guardia en esos accesos, sin permitir la entrada a nadie que fuese ajeno a la localidad. Un par de helicópteros sobrevolaban la zona, vigilantes. En las calles y plazas del que tendría que haber sido alegre y festivo lugar, se respiraba el pánico, el terror, la angustia mortal de la atroz epidemia.

—Es como si el tiempo no hubiera transcurrido —musitó Ulrich, avanzando por sus calles desoladas, con Gretchen a su lado—. El retorno a la Edad Media... Al oscurantismo y al horror a lo desconocido...

Otmar Von Falsborg corrió a la fonda para informar a todos de lo que sucedía. Ulrich parecía mucho más calmoso, más sereno que el descendiente de los antiguos feudales. Pese a todo, una emoción nueva e intensa le conmovía en esos momentos de esperanza.

—¿Crees que servirá, Ulrich? —musitó ella, dubitativa aún.

—No lo sé —jadeó él—. Pero es mejor que nada. De todos modos, el doctor Holt y los especialistas de la capital deben examinar antes ese brebaje. Podría suceder que el tiempo lo hubiese alterado... o que no valiese realmente nada en este caso.

—Mira —señaló Gretchen hacia un punto de la calle—. Mira la gente... creo que ya no les queda otra esperanza que ésa...

Ulrich miró. Se estremeció, sobrecogido por la emoción de aquella visión.

Era la iglesia de la ciudad. Aparecía rebosante de fieles. Estos aparecían hasta en la acera, sin poder entrar en el atestado templo. Un murmullo de

voces, con el fondo del cántico litúrgico de una ceremonia religiosa, le hizo comprender que, en su desesperación, las gentes de Falsborg se habían refugiado en la casa de Dios para rezar.

Para ellos, tal vez ésa era ya la única posibilidad. No creían en la Medicina ni en los hombres. Pedían al Señor por ellos y por sus seres queridos, mientras incesantemente pasaban los vehículos sanitarios hacia los hospitales de emergencia, portando muertos y enfermos.

Ulrich no era religioso. Pero se persignó en ese momento, antes de seguir adelante. Era tarea difícil aproximarse al centro hospitalario del Ayuntamiento. Un cordón policial rodeaba la zona. Sanitarios y médicos con uniforme esterilizado y máscaras protectoras, atendían los casos de emergencia. Estaba terminantemente prohibido el paso.

—Vamos a la fonda —dijo Ulrich—, Telefonearemos al doctor y al Juez Bauer. Será mejor así, Gretchen.

—Sí, creo que sí. Después de todo, hará falta analizar el contenido de ese frasco verde, antes de intentar nada...

El asintió, pensativo. Antes de llegar a Rittkuche Hof, se detuvo en un establecimiento de vieja cerámica y objetos de recuerdo local. Sorprendida, Gretchen le vio entrar y salir después, sin entender lo que pretendía.

—¿Necesitabas algo. Ulrich? —le preguntó, perpleja.

—Sí —asintió él—. Es algo en lo que no había pensado antes. Luego lo sabrás, Gretchen.

No hizo ningún otro comentario. La ¡oven pareja llegó a la fonda, en cuya puerta lucía ahora un negro crespón. El corazón de Ulrich dio un salto. La mano de ella apretó con fuerza la suya.

—Dios mío, la Peste... —susurró con voz llena de horror.

—También ha llegado a la fonda —se inquietó Ulrich—. ¿Quién habrá sido?

Pronto salieron de duda. La propia fraulein Eissman se lo dijo con rostro pálido y crispado:

—Se trata de Ewe... —susurró—. Se muere, señor Kappel...

Era cierto. La infortunada doncella yacía en el comedor, convertido en lazareto improvisado, al que no tenían acceso más que los médicos y la señorita Eissman. En la puerta, Otmar Von Falsborg contemplaba sombríamente a la muchacha enferma, cubierta con una sábana, bañada en sudor sobre un lecho junto al fuego.

—¿La ha visto el doctor Holt? —preguntó Ulrich, tensa su voz.

—No pudo venir. Lo hizo un médico ayudante. Confirmó que está contagiada. Es muy grave. La peste actúa en horas. No creen que se salve...

—¿Qué piensa hacer con el antídoto, Kappel? —preguntó Von Falsborg, volviéndose a él.

—Aún no sabemos siquiera si es el antídoto. ¿Ha llamado al doctor Holt?

—El teléfono está desconectado —jadeó Von Falsborg—. Tenemos que esperar...

—¿De veras cree que ha hallado el verdadero antídoto, señor Kappel? —dudó la hostelera, volviendo su rostro saludable hacia él.

—No puedo estar seguro de nada, señora. Pero hay que confiar en que sea así. Es el único remedio.

—Lo fue para una bubónica propia de la Edad Media —le recordó ella—, ¿Lo será para esta extraña epidemia de ahora?

—Sé tanto como usted al respecto, señora. Pero hay que estar seguros...

Fue al teléfono. Intentó en vano comunicar con el doctor Holt. El teléfono debía de estar descolgado, para no distraer la atención de los médicos sobre sus pacientes masivos. Después de todo, si se presentaba un caso, la muerte era cuestión de horas. No importaban demasiado las prisas, una vez contagiada la persona.

Ulrich pareció fatigado. Extrajo de su bolsillo un frasco verde, polvoriento. Lo contempló, sombrío. Miró a Ilse Eissman.

—Señora, ¿puedo utilizar su cocina como laboratorio? —preguntó.

—Por supuesto... —ella le miró, perpleja—, ¿Sabe usted algo de química o de medicina?

—Nada de medicina. Pero sí algo de química. Voy a hacer unas pruebas con este frasco. Luego, se lo aplicaremos a Ewe. Es un intento desesperado. Si resulta... habremos encontrado la solución. Si no... que Dios se apiade de todos nosotros.

—Vaya, vaya. ¿Puedo ayudarle en algo? —se ofreció la hostelera.

—Sí, por favor —asintió Ulrich—, Quisiera unos cuantos productos que usted, sin duda, posee. Alcohol, un hornillo...

Le pidió unas cuantas cosas más. Von Falsborg y Gretchen le contemplaban absortos, sorprendidos.

—No sabía que usted supiera de química, muchacho —dijo el primero—. ¿Puedo prestarle alguna ayuda?

—Tal vez después, gracias —sonrió Ulrich— No hay tiempo que perder. Si los médicos no vienen, actuaremos nosotros. Si realmente tenemos en nuestras manos el preciado antídoto, es preferible actuar sin más dilación.

Se alejó hacia la cocina, precedido de la señorita Eissman. Ella le proporcionó cuanto pidiera, y puso una mesa de su cocina a su disposición. Luego, contempló intrigada el verde frasco que Ulrich estaba ahora manipulando.

—Es sólo una esperanza —musito—. No puedo creer que el elixir del alquimista Heinz dé resultados después de mil años...

—Yo tampoco. Pero, como usted dice, es una esperanza. El padre Holstein dijo que aún se puede confiar en los milagros. Yo creo en eso. Si resulta, habremos vencido algo más que una peste: la maldición misma del Señor de Falsborg.

—¿Cree en las maldiciones, señor Kappel? —se extrañó la hostelera, aproximándose a la mesa, con enorme interés por sus manipulaciones.

—Nunca hasta ahora creía en nada de otro mundo —sonrió Ulrich—. Pero

esto es diferente. Lo fue desde el principio. Algo, un oscuro destino, me trajo a este lugar. Tal vez estaba predestinado, como mi antepasado, Ulrich, a combatir el mal que representaba el Señor de Falsborg. Veamos si el frasco se conservó bien...

Estaba rompiendo con la uña el lacre, con relativa facilidad. Apareció un tapón viejo, que empezó a forzar. Junto a él, la señora Eissman miraba con fijeza la operación.

—Ya está —suspiró Ulrich, arrancando el tapón. Olfateó el contenido. Un espeso líquido oscuro se agitó dentro del vidrio verde del viejo frasco polvoriento—. Parece consonarse bien. No huirle de modo extraño ni parece descompuesto...

En ese momento, la señora Eissman dio un manotazo brusco. El frasco osciló en los dedos de Ulrich, pero no llegó a caer. Él lo sostuvo con firmeza. Ella se quedó mirando el frasco vacilante, sin excusarse.

—Tenga cuidado —avisó Ulrich con tono grave—. Pudo haberlo echado todo a perder, señora Eissman...

Inesperadamente, ella estiró de nuevo su brazo. Pero esta vez aferró el frasco... y lo arrojó violentamente contra el muro. El vidrio se hizo pedazos, y un espeso líquido rojo oscuro se derramó por el suelo, salpicándolo todo con densas gotas.

Un terrible silencio reinó en la cocina. Ambos se miraron fijamente. La hostelera se echó a reír histéricamente.

—¿Qué es lo que ha hecho, señora Eissman? —mascullό Ulrich con voz sorda.

—Sencillamente, he destruido su última esperanza, señor Ulrich Kappel.

—¿Pero por qué?

—Porque nadie combatirá la peste ni acabará con la maldición del señor de Falsborg. De eso, me encargo yo. Todos ustedes, ¡todos sin excepción!, morirán esta vez, víctimas de la Muerte Negra. Y no habrá milagros ni héroes en esta ocasión. Se cumplirá lo que él predijo. Falsborg será un inmenso cementerio, y la Peste lo invadirá todo...

—¿Se ha vuelto loca, señora Eissman?

—¿Loca? No, Ulrich Kappel. No estoy loca —rió ella, sardónica—. Sencillamente, yo soy la encargada de desencadenar la maldición de Wolfgang Max Falsborg, a los mil años de su muerte. Yo soy el ser destinado por él y por Satán para vengarme de todos los que !e causaron daño entonces. Ulrich y Gretchen, descendientes de los que entonces causaron su muerte, pagarán con los demás. Es así como debe cumplirse su venganza desde la tumba... ¿Lo entiende ahora? ¡Ese elixir maldito no va a curar ya a nadie!

—De modo que era usted.... Usted, señora Eissman, lo hizo todo. Enviar los folletos, pagar la supuesta beca, atraernos aquí a ambos A Gretchen y a mí... ¿Cómo pudo saber que aún existían descendientes de aquella familia de la Edad Media?

—Como esas cosas se saben. Siguiendo árboles genealógicos, estudiando y

buscando a los descendientes a lo Lugo de siglos enteros... Gretchen llego a ser una mujer rica y poderosa andando los años... Su hijo se llamó Ulrich Y la familia se extendió, viajó... También NOSOTROS LOS FALSBORG, nos extendimos y seguimos existiendo...

—Usted... una Falsborg

—Exacto —se rió ella—. Ni ese fantasmón de Otmar lo sospecha. Pero yo soy una Falsborg... Desde niña tuve sueños, visiones.... En ellos, mi antecesor se me aparecía, y me indicaba lo que tenía que hacer. Yo era la designada. Yo rendí culto a Satán desde pequeña y me consagre en vida y alma a cumplir los deseos de mi antecesor. No tenía prisa alguna. Lentamente, fui atando los cabos, uno a uno

—Y así nos atrajo aquí, para hacernos vivir este horror...

—En efecto, Kappel. Así lo hice. Nunca sospecharon de mi, ¿verdad?

—Sabía que había alguien... Que no era todo obra de otro mundo, sino de un ser humano, vivo y bien vivo... Está usted loca. Sueña fantasías, obsesiones y delirios que la hacen creer lo que no es... Usted no es más que una pobre loca obsesionada con una idea ridícula...

—¡Miente! —se enfureció ella, con ojos llameantes—. ¡Soy la destinada a cumplir los designios de los que están en la tumba! ¡Yo lo he probado ya! ¡He hecho desencadenar nuevamente la peste sobre esta ciudad maldita!

—La peste... No, ahora lo veo claro. No se trata de ninguna peste, en realidad, sino de un virus que usted misma ha cultivado y alimentado, propagándolo luego por ahí, provocando una epidemia mortal. Es una plaga creada en un laboratorio, no obra de una maldición ancestral, ni mucho menos.

—¿Qué importa eso? ¡Pero he triunfado, lo he conseguido! ¡Eso prueba que mi amo y señor Satán, me eligió a mí como instrumento del juramento de mi antepasado! Yo lo he hecho realidad... Y ahora he terminado con su última esperanza. Si el elixir del alquimista Heinz era válido para combatir mi virus... ya nunca lo sabrán. Soy quien ha vencido, Y no me importará morir, aunque estoy inmunizada. No me importará que me maten para vengarse, porque la muerte no me asusta. Iré a los dominios mi amo y señor para gozar allí mi triunfo.

Realmente, Ulrich estaba impresionado. La saludable faz de la simpática patrona, era ahora una máscara de maldad, aunque también de demencia, de desequilibrio total. Fuese o no instrumento de una maldición absurda, ella creía ser la enviada por el Diablo para destruir a los que la rodeaban como venganza por hechos ocurridos mil años atrás.

—Pobre demente —la dijo él, despectivo— Ni siquiera es lo bastante lista para haber comprendido...

—¿Comprendido? —Le miró con odio y triunfo a la vez—, ¿El qué?

Ulrich no le respondió. Salió de la cocina altivamente. Cruzó el vestíbulo y entró en el comedor. Le seguía ella, resplandeciente de júbilo, aunque intrigada por sus últimas palabras.

Ulrich, ante la mirada de todos, se aproximo a Ewe. Extrajo algo de su bolsillo.

Era un viejo frasco verde, cubierto de polvo y sellado con lacre. La señora Eissman palideció, lanzando un grito ronco. Ulrich destapó el frasco. Alzó el rostro sudoroso de la infortunada doncella. Derramó dos gotas en sus labios. Luego, apartó el frasco, lo tapó de nuevo, y lo guardó consigo volviéndose con fría sonrisa hacia Ilse Eissman.

—¿No se dio cuenta de la extraña naturaleza del liquido contenido en el otro frasco? Era sólo una copia de un viejo frasco. Las venden a dos marcos en una tienda próxima, y van llenos esos frascos de simple mercurio. El elixir está a salvo... Yo sospechaba que alguno de los que me rodeaban aquí, en Falsborg, era culpable de lodo esto. Y tomé mis precauciones, fraulein Eissman.

Lívida, ella retrocedió, ante la mirada de asombro de Gretchen y de Von Falsborg.

Lanzó un grito ronco, furioso. Y se precipitó fuera de la casa, desesperada.

—¡Mire! —jadeó Von Falsborg, atónito—. ¡Mire a Ewe! ¡Eso da resultado, Kappel!

Ulrich miró a la joven doncella. Asombrado, comprobó que entreabría sus cerrados ojos, y le miraba con tibia sonrisa. Un leve color asomaba a sus hasta entonces céreas mejillas.

—Me... siento mejor... —gimió—. El frío que sentía... se aleja... La fiebre cede... Dios mío...

Ulrich se incorporó, impresionado. Contempló largamente a Gretchen,

—Cielos... El elixir de! alquimista —murmuró—. Da resultados... con *TODA* clase de epidemias... ¡Vamos, hay que empezar la lucha en seguida!

Tomó a Gretchen de la mano. Antes, la dio unas gotas del elixir. Y otras a Von Falsborg, antes de ingerir él otras. Luego, se encaminó a la salida.

—Estamos inmunizados posiblemente, pero... ¿no cree que es poca dosis para tanto enfermo? ¿Qué hará cuando se agote ese frasco maravilloso, Ulrich? —le preguntó Von Falsborg.

—Tenemos lo básico. Ahora, cualquier químico podrá fabricar en grandes cantidades el producto, apenas lo analice. El fin de la peste es cuestión de horas, amigo mío...

Y salió con Gretchen a la calle, precipitándose ambos a la carrera, en dirección al Ayuntamiento.

* * *

Aquella misma noche, remitió la epidemia.

Muchos pacientes desahuciados, se recuperaron. Cesaron los fallecimientos, y la cifra de infectados descendió hasta resultar nula. Los químicos, con gran rapidez, analizaron el producto, comenzando a elaborar dosis masivas del extraordinario antídoto.

Ya de madrugada, agotados pero felices, Ulrich, Gretchen, el doctor Holt y el juez Bauer, abandonaban el improvisado hospital, sabedores de que la plaga se había vencido.

El policía Rutzmayer se encontró con ellos en la plaza principal. Les informó escuetamente:

—Hemos hallado el cadáver de Ilse Eissman. Se colgó de un árbol, a la salida de Falsborg. Bajo sus pies, en el suelo, había trazado con tiza un círculo con símbolos satánicos... ¿Ustedes lo entienden?

Ulrich asintió, apretando con fuerza la mano de su joven y bella compañera.

—Yo sí lo entiendo —afirmó roncamente—. Es el fin de una maldición... Gretchen, ¿piensas terminar aquí tus vacaciones?

—¿Por qué no? —suspiró ella—. Ahora, ya no hay nada que temer, Ulrich...

—No, nada. Además, ambos podemos pasar unos días muy felices aquí, antes de separarnos,

—Sí —musitó la joven—. Luego... será mucha la distancia que nos separe a ambos.

—No hay distancia que no se pueda salvar. Recuerda que basta tener fe —sonrió Ulrich—. Y yo tengo mucha... La suficiente para terminar mis estudios este año... y establecerme en los Estados Unidos.

—¡Ulrich! —los ojos de ella se iluminaron—. ¿Es posible que hagas tal cosa?

—No, no es posible —rió él—. Es seguro, Gretchen...

FIN